



# Rocio para el Alma

REFLEXIONES Y  
TESTIMONIOS

GILDA ORLANDI  
SANCHEZ

# **ROCÍO PARA EL ALMA**

**Por**

**Gilda Orlandi Sánchez**

## INDICE

|                                                    |    |
|----------------------------------------------------|----|
| Prólogo                                            | 5  |
| Sed de Dios                                        | 6  |
| Lámpara es a mis pies Tu palabra                   | 8  |
| De oruga a mariposa                                | 10 |
| La verdadera adoración                             | 13 |
| Sanidad a la distancia                             | 16 |
| El reposo del Señor                                | 19 |
| Las maravillas de la creación                      | 22 |
| Como la flor del campo                             | 24 |
| En Su presencia                                    | 27 |
| De oídas te había oído                             | 30 |
| Los caminantes de Emaús                            | 33 |
| Guerras y rumores de guerras                       | 36 |
| Levantémonos del sueño                             | 39 |
| Cuéntale a otros                                   | 42 |
| Donde abunda el pecado sobreabunda la gracia       | 45 |
| Qué clase de mujer es esa                          | 48 |
| Venciendo el temor                                 | 51 |
| La época de los desechables                        | 54 |
| El pastor y las ovejas dentro del Cuerpo de Cristo | 57 |
| Mis pequeños huéspedes alados                      | 60 |
| Nacieron para ser libres                           | 63 |
| Todo al instante                                   | 66 |
| Mi reino no es de este mundo                       | 69 |

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| Los atributos de Dios            | 72  |
| El banquete y el funeral         | 75  |
| Todas las cosas obran para bien  | 76  |
| Os he llamado amigos             | 81  |
| Unos años después                | 84  |
| Banquete de colores              | 87  |
| Despojémonos de todo peso        | 90  |
| Guarda silencio y espera en Dios | 93  |
| El cielo y la tierra pasarán     | 96  |
| Si Dios quiere                   | 99  |
| SOBRE LA AUTORA                  | 102 |

## Prólogo

*“Yo seré a Israel como rocío”* (Oseas 14:5)

Todas las mañanas, miles de gotitas amanecen esparcidas sobre la tierra y sobre las plantas. El rocío es un regalo de Dios que contribuye a mantener el suelo húmedo y permite la vida de plantas que de otro modo perecerían en un ambiente seco. De esa misma forma, Dios promete ser como rocío para el pueblo de Israel.

Nosotros los cristianos somos el Israel espiritual de Dios. Dios es como rocío sobre nuestras vidas. Nos refresca a través de su Santo Espíritu y de su Palabra viva. Sin Él, pereceríamos. Sin Él, nos secaríamos. Sin Él, no podríamos vivir.

La serenidad o quietud del ambiente favorecen la producción del rocío. De igual manera, cuando la paz de Dios nos inunda, sentimos el refrigerio de su Santo Espíritu sobre nuestras vidas, renovándonos, fortaleciéndonos, consolándonos.

Hemos recopilado en este volumen reflexiones en torno a la Palabra de Dios, y relatos de vivencias y de encuentros que han marcado significativamente nuestras vidas a lo largo de este peregrinar hacia la eternidad. Pensamos que pueden ser de edificación para sus vidas también.

“Rocío para el Alma” pretende ser algo así como un oasis para el alma cansada y sedienta. Como gotas de rocío sobre el alma queremos ser para ustedes, amados lectores.

¡Que el rocío de Dios nunca falte sobre sus vidas! Amén.

## **Sed de Dios**

(Escrito original publicado el 21 de abril de 2002)

*“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas,  
así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene  
sed de Dios, del Dios vivo”* (Salmos 42:1)

¿Alguna vez ha estado usted caminando o trabajando muchas horas bajo el sol, sin tener agua para beber? Horrible, ¿verdad? Si esto le ocurre en un país húmedo como el nuestro, la sensación es peor aún, porque sudamos más y nos deshidratamos con mayor rapidez. La deshidratación puede producir debilidad, desfallecimiento, convulsiones y hasta la muerte. Los seres vivos podemos estar mucho más tiempo sin ingerir alimentos, que sin tomar líquidos. Sin agua, nos mustiamos, desmayamos, y finalmente, perecemos. El bramido de un ciervo sediento en busca de agua en medio de un sequedal, debe ser algo angustioso, terrible, desesperante. De esta misma manera describe el salmista la sed de su alma por el Dios vivo.

Todos los seres humanos tenemos sed de Dios. Unos estamos más conscientes de ello que otros, pero todos necesitamos de Él. Cuando no estamos conscientes de que lo que necesitamos es a Dios en nuestra vida, en vano intentamos apagar la sed con aguas estancadas, con aguas putrefactas, con aguas contaminadas, con aguas que producen muerte. A mí me sucedió.

Hubo un tiempo, hace muchos años, en el que caminé por desiertos áridos, sedienta del alma, ajena a Dios, tratando de mitigar mi sed en los pozos venenosos de los placeres temporales que este mundo ofrece. Sólo conseguí soledad, tristeza, desengaño. Corrí tras espejismos de agua que desaparecían ante mis ojos, como pompas de jabón que se revientan cuando las tocamos, quedándome vacía, frustrada, desilusionada, con una sed todavía mayor.

Mi alma tenía sed de Dios, del Dios vivo, aunque yo misma no lo sabía. Bramaba, como el ciervo del salmo, sólo que mi bramido era silencioso. Era un bramido del corazón que sólo Dios podía escuchar. Y Dios escuchó. Dios nunca desprecia un corazón contrito y humillado.

Dice Isaías 4:17-18: *“Los afligidos y menesterosos buscan las aguas, y no las hay; seca está de sed su lengua; yo Jehová los oiré, yo el Dios de Israel no los desampararé. En las alturas abriré ríos, y fuentes en medio de los valles; abriré en el desierto estanques de aguas, y manantiales de aguas en la tierra seca.”* Eso hizo Dios en mi vida. Abrió ríos y manantiales en medio del sequedal. Dios transformó el desierto de mi vida con las aguas salutíferas y puras que sólo Jesús puede ofrecer: *“... el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”* (Juan 4:13-14).

Ahora que he conocido y bebido el agua de vida que sólo Dios puede dar, entiendo que ninguna otra cosa en el mundo puede saciar la sed del alma. Sólo Cristo satisface. Si usted, amado hermano, si usted amado amigo, ha tratado infructuosamente de beber de fuentes contaminadas, si ha probado aguas que le han dejado un sabor amargo en la conciencia, si su alma ha enfermado por el veneno de aguas de muerte, acérquese a la fuente limpia de agua que salta para vida eterna. Beba de ella, sumérjase en ella y no volverá a tener sed jamás.

## **Lámpara es a mis pies tu palabra**

(Escrito original publicado el 11 de noviembre 2001)

*“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera  
a mi camino.” (Salmo 119:105)*

Hace varios años, visité Egipto e Israel en un “tour” llamado “La ruta del Éxodo”. La excursión incluía subir al Monte Sinaí. Luego de un largo viaje en automóvil por el desierto, llegamos a un pequeño hotel donde dormiríamos algunas horas. Nos informaron que a las dos de la madrugada nos vendría a buscar un guía beduino quien nos dirigiría en la expedición. A esa hora comenzaríamos a subir a pie, con la idea de estar ya en la cima del monte para la salida del sol. Los musulmanes de la vecindad, nómadas del desierto en su mayoría, acostumbran recibir el sol en lo alto del Monte Sinaí todas las mañanas para allí adorar a Alá. Parte de la emoción de este viaje era recibir el amanecer en la cúspide.

Había oscuridad absoluta. La única luz emanaba de la linterna sostenida por el guía, la cual formaba un pequeño círculo de luz detrás de él, alumbrando el camino por el que debíamos andar. No veíamos nada más. No sabíamos lo que había a la izquierda, no sabíamos lo que había a la derecha, no sabíamos lo que había adelante, no sabíamos lo que quedaba detrás. A lo largo de todo el camino, nuestra mirada debía permanecer fija en el círculo de luz para saber en dónde pisar. Había muchas piedras en el camino, lo que nos hacía suponer que el camino era árido y seco. Cuando llegábamos a una roca de tamaño mayor, el guía detenía la luz sobre ella durante más tiempo, para evitar que tropezáramos. De vez en cuando, un camello nos pasaba por el lado. No los veíamos, pero les sentíamos rozar.

Según fue amaneciendo, comenzamos a ver en dónde estábamos. El espectáculo era imponente. La cima del más majestuoso monte se levantaba aún ante nosotros, mientras veíamos cuánto habíamos caminado ya. A mano derecha, a veces a apenas un pie de distancia del camino, el despeñadero. ¡Un pie en falso nos hubiera lanzado

hacia el abismo! A mano izquierda, la montaña bordeada por las serpenteantes veredas que debíamos seguir subiendo.

Pienso que así mismo es nuestro caminar en tiempos de oscuridad. No sabemos a dónde vamos, no sabemos lo que dejamos atrás. No sabemos lo que hay a un lado ni al otro. No podemos dar pasos a tientas, porque podríamos caer al abismo, o tropezar con montañas insalvables.

Sin embargo, Dios ha provisto para nosotros una fuente de luz inagotable para guiarnos en momentos de dificultad y de confusión. En medio de las tinieblas, cuando necesitamos dirección y guía, cuando son muchas las voces que se levantan con opiniones dispares que pueden confundirnos, el Salmo 119:105 nos trae la respuesta: *“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”* Caminemos a la luz de Su palabra. No nos desviemos a izquierda ni a derecha. Sigamos paso a paso, aunque sea lentamente, el círculo de luz del consejo bíblico y no tropezaremos ni caeremos en la sima.

Ahora más que nunca debemos buscar respuestas en la Palabra de Dios. Hay confusión en todo el planeta. Hay oscuridad. Hay opiniones conflictivas que nos aturden y nos incitan a veces al odio y a la violencia, que nos apartan del camino, que nos llevan a pecar. Nuestros pensamientos son engañosos, pero la Palabra de Dios es vida y verdad.

Escuchemos lo que Dios tiene que decirnos. Escudriñemos la Palabra de Dios y pidamos al Espíritu Santo sabiduría para interpretarla adecuadamente. Dejémonos dirigir por la luz de Su verdad, hasta que las tinieblas desaparezcan. Vendrá un nuevo amanecer. Un día la aurora resplandecerá, cuando estemos ante la presencia de Dios y veamos cara a cara al Verbo encarnado. Un día, estaremos frente a la fuente misma de luz eterna.

Mientras tanto, caminemos a la luz de Su palabra.

## De oruga a mariposa

(Escrito original publicado el 21 de julio de 2002)

*“...habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno...”* (Colosenses 3:9-10)

Recientemente visité un santuario de mariposas en los Estados Unidos. Sobre mi cabeza revoloteaban cientos de hermosas criaturas de todos los colores y tamaños. Mis favoritas eran unas de inmensas alas de un azul tornasol. Corrí detrás de ellas con mi cámara hasta que el fin logré fotografiar una en el preciso instante en que se posó sobre una hoja con sus alas abiertas. ¡Qué maravilla de la creación! ¡Con cuánto amor y sentido de estética diseñó Dios todo lo creado! Pensar que no hay dos mariposas iguales, dos alas iguales, dos hojas iguales, dos flores iguales. Dios es verdaderamente el artista supremo. Aquellas hermosas criaturas aladas eran la perfecta expresión de la belleza.

Sin embargo, luego de haber disfrutado de aquel silencioso concierto de colores en movimiento, me topé, a la salida del santuario, con una vitrina que guardaba en su interior una planta de grandes hojas. Me acerqué a observar preguntándome qué tendría aquella planta que la hiciera merecedora de tanta protección, y no tardé en descubrir la respuesta. Sobre una de las hojas se encontraba la más repulsiva y fea criatura. Una grande oruga negra, llena de lo que a mis ojos ignorantes parecían espinas, se alimentaba de la misma hoja que le servía de sostén. Pegada en un extremo de la vitrina se encontraba la foto de una hermosa mariposa. ¿Era ese el futuro de aquella repulsiva oruga? ¿Era eso en lo que se iba a convertir? ¡Oh, milagro de milagros! Sólo a una mente como la de Dios se le pudo haber ocurrido cosa semejante. Sólo un corazón como el de Dios pudo haber creado para nosotros una metáfora tan elocuente. ¡Es el vivo retrato de nuestro ser interior!

Cada uno de nosotros es tan repulsivo y feo como la oruga de la vitrina, cuando nos encontramos plagados de pecados en nuestro estado natural. Sin embargo, el plan de Dios para nuestra vida fue desde el principio que llegáramos a convertirnos en hermosa mariposa. Aunque seamos orugas, Dios ve en nosotros lo que podemos llegar a ser, Dios ve nuestro potencial, Dios ve la futura mariposa en nosotros. No podemos volar hasta que echamos alas, no podemos volar mientras nos estemos todavía arrastrando. Tenemos que pasar por el proceso de la metamorfosis espiritual, de la transformación espiritual.

Cuando venimos a Cristo, llegamos arrastrándonos, como la oruga. La sangre de Cristo nos limpia y comienza a darse en nosotros el proceso de cambio. La Palabra de Dios se vuelve en ese momento nuestro sostén y nuestro alimento. Necesitamos permanecer parados sobre ella y comer de ella para crecer y madurar. Entonces, comenzamos a vivir bajo la cobertura, unción y protección del Espíritu Santo. Nos es necesario permanecer en la crisálida del Espíritu el tiempo que sea necesario, el tiempo estipulado por Dios, hasta que un día la crisálida se rompe y comienzan a salir las alas.

Algunos de nosotros estamos tal vez todavía como la oruga. El peso del pecado nos obliga a arrastrarnos. Otros, tal vez estemos alimentándonos y sosteniéndonos de la Palabra, aún con apariencia de oruga, pero poco a poco cambiando en nuestro interior. Otros, nos encontramos ya dentro de la crisálida, sumergidos en la plenitud del Espíritu Santo. Para algunos, la crisálida ha comenzado ya a romperse y asoman poco a poco las hermosas alas que un día desplegaremos y nos harán remontar el vuelo final hacia la eternidad.

No sé en qué etapa de la metamorfosis se encuentra usted. Lo importante es que usted lo sepa. Lo importante es que se vislumbre usted como mariposa, aunque aún sea oruga. Lo importante es que permanezca y se alimente de la Palabra de Dios. Lo importante es que busque sumergirse en el Espíritu Santo, para permanecer dentro de su protección y unción. Lo importante es que algún día sus alas comiencen a salir. Lo

importante es que en algún momento logre usted remontar el vuelo y deje atrás por completo, hasta que quede en el olvido, la repulsiva y fea oruga. Lo importante es que un día logre usted despojarse *“del viejo hombre con sus hechos”* y se revista *“del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno...”* (Colosenses 3:9-10).

## La verdadera adoración

(Escrito original publicado el 14 de julio 2002)

*“Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza.  
Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; No quieres  
holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu  
quebrantado; Al corazón contrito y humillado no  
despreciarás tú, oh Dios”. (Salmo 15: 15-17)*

Todo creyente verdadero adora a Dios sólo porque es Dios, porque ante Su presencia no podemos hacer otra cosa que adorarle. Los ángeles, los pastores y los magos de oriente adoraron al Jesús recién nacido. Nosotros le seguimos adorando y le adoraremos todavía más, junto a los ángeles y a los demás redimidos, por los siglos de los siglos, cuando estemos cara a cara ante Su presencia. Si la adoración ha de ser una experiencia eterna, debemos comenzar a practicarla bien desde ahora. Digo ‘debemos’, no porque tengamos que adorar como una obligación, sino porque es agradable hacerlo, porque nos edifica, porque nos ayuda a establecer una más íntima comunión con Dios, porque estrecha nuestra relación con Él.

La primera vez que adoré a Dios fue cuando le conocí. Yo había oído hablar de Él, pero no fue hasta que le conocí personalmente que supe lo que era adorar. Fue un acto inevitable. Cuando el Cristo resucitado se manifestó a mi vida por primera vez; cuando vi su rostro resplandeciente; cuando su sonrisa y su mirada me traspasaron el alma; cuando supe que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, que era mi amigo, que me amaba y que había venido para salvarme; caí de rodillas al suelo, frente en tierra, y con los brazos extendidos le dije, embargada en lágrimas que expresaban alegría, agradecimiento, humillación y arrepentimiento simultáneamente: “Señor, si Tú vives, te entrego mi vida. Has con ella lo que tú quieras.” Me humillé ante Su grandeza, me ofrecí a mí misma como sacrificio vivo, le adoré en espíritu y verdad. Nadie me enseñó a hacerlo. Nadie me dio instrucciones ni me incitó a tirarme de rodillas. Fue un gesto

espontáneo, voluntario, no planificado. Brotó como reacción de mi alma al encontrarme ante la presencia de Dios.

Eso es precisamente lo que es adorar. Jesús le dijo a la mujer samaritana: *“Mas la hora viene y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren.”* (Juan 4:23-24). No se trata de levantar las manos cuando nos pidan que las levantemos, ni de decir “aleluya” sin saber por qué lo decimos, ni de arrodillarnos o dejarnos de arrodillar. Todas esas son manifestaciones externas de algo que puede o no brotar del corazón. A Dios le interesa la adoración genuina. Dios no puede ser burlado. Lo contrario a una adoración genuina es lo que Isaías 29:13 expresa: *“Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado;”* Obviamente, la adoración debe ser espontánea y sincera.

Además de sinceridad, hay otros requisitos en la adoración que agrada a Dios. Dice el libro de Samuel 15:22: *“Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.”* Quiere decir que la verdadera vida de adoración debe ir acompañada de obediencia a la Palabra de Dios. De nada nos vale adorar a Dios si andamos desordenadamente, en abierta desobediencia a lo que sabemos Dios espera de nosotros. ¿Y qué es lo que Dios espera de nosotros? Veamos lo que dice Miqueas 6:5-8: *“¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.”* Entonces, de nada nos vale adorar a Dios si cometemos

injusticias, si no tenemos misericordia y si somos soberbios ante Dios. En esto, el Salmo 15:15-17 es bien claro: *“Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza. Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; No quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.”*

Comencemos a practicar la verdadera adoración desde ahora. Procuremos un encuentro genuino con Dios si no lo hemos tenido todavía. Intimemos con El. Hagámonos sensibles a Su presencia para que la adoración brote espontáneamente. Vivamos en obediencia a Su Palabra, en justicia, misericordia y humillación ante Dios para que nuestra adoración sea completa y agradable a Él. No hay nada mejor que estar en la presencia de Dios. No hay nada más gratificante al alma y al espíritu que adorarle. Ningún placer de esta vida puede compararse al deleite de una verdadera adoración.

## **Sanidad a la distancia**

(Escrito original publicado el 16 de junio de 2002)

*“Solamente di la palabra, y mi criado sanará.”*

(Mateo 8:8)

Hace algún tiempo, me encontraba en la universidad en la que trabajo, en una de mis horas libres. El Señor me inquietó a ir hasta una cafetería que no acostumbraba frecuentar. Compré un chocolate caliente y me senté en una de las mesas. Frente a mí había una joven que me resultaba muy familiar, que no dejaba de mirarme. La joven se levantó, se me acercó y me dijo: “Profesora, ¿no se acuerda de mí?”

Entonces recordé: se llamaba Rosa. Había sido una de mis estudiantes hacía cinco años atrás, pero había aumentado algunas libras y había cambiado su estilo de peinado. Me dijo que había tenido que dejar los estudios por un tiempo, y recién comenzaba a estudiar otra vez.

Desde hacía varios años venía padeciendo de fuertes ataques de epilepsia. Los mismos habían ido aumentando en frecuencia e intensidad al pasar el tiempo. Me informó que los ataques eran causados por un tumor cerebral que tenía que ser operado. Con lágrimas en los ojos me confesó que tenía miedo, ya que la semana siguiente tendría que hacerse unos análisis para salir de inmediato hacia Boston, donde le harían la operación.

Enseguida comprendí por qué el Señor me había movido hasta la cafetería. Comencé a hablarle del Señor, a decirle que no temiera, que confiara en Él, que Dios era poderoso para hacer desaparecer ese tumor. Le pedí su dirección, porque pensé en visitarla durante el fin de semana para orar por ella antes de su viaje, y me despedí.

Cuando llegó el fin de semana se complicó todo. Tuve que ir a predicar en una reunión de Mujeres Cristianas Profesionales y de Negocios y no me fue posible visitar a la

estudiante. Me entristecí mucho. En mi automóvil, mientras conducía, comencé a llorar y a orar por ella. Le dije al Señor:

“Señor, tú sabes que yo quería ir a casa de Rosa a orar por ella. No voy a poder ir, pero yo no soy la que tengo que ir, eres tú. Te pido que ahora mismo la visites, y en el nombre de Jesús, Padre, disuelvas ese tumor. Tú puedes hacerlo. Te lo pido por favor, en el nombre de Jesús. Amén.” Las lágrimas casi no me dejaban ver la carretera. Sentía una gran compasión por Rosa. Era el amor de Dios fluyendo, y el Espíritu Santo instándome a interceder por ella. La presencia de Dios me llenaba. Al terminar de orar, sentí una gran paz en mi espíritu. Sabía que Dios me había escuchado.

Pasaron los días y llegó el jueves en el que Rosa debía partir hacia Boston. Yo la suponía en el avión. Buscaba yo a una compañera de trabajo, en la Universidad, pero de momento, el Señor cambió mis pasos y me dirigió hacia otro de los edificios. En realidad, yo no tenía nada que hacer allí, pero el Señor me inquietaba a continuar en esa dirección. De momento, se abrió la puerta de uno de los salones y Rosa salió. Por poco choca conmigo. No sé cuál de las dos se sorprendió más.

Le pregunté: “¿Qué haces tú aquí? ¿Tú no ibas para Boston?”. A lo que me respondió con una amplia sonrisa, llena de entusiasmo y emoción: “Yo no sé lo que usted hizo, yo no sé si usted oró por mí o qué, pero cuando fui a la doctora, me sacaron placas y el tumor había desaparecido. La misma doctora no lo podía creer. Ese tumor llevaba allí siete años y de repente había desaparecido. ¡Yo sé que fue el Señor!”.

Comenzamos a darle gracias a Dios y a glorificar Su nombre, allí en el pasillo, mientras maestros y estudiantes continuaban su camino durante el cambio de clases.

El Señor había hecho una obra maravillosa en la vida de Rosa, desapareciendo en un instante el tumor que tanto mal le había ocasionado durante tantos años. Nunca más le volvieron a dar los ataques de epilepsia, y pudo continuar sus estudios sin problema alguno.

Yo no había podido ir a casa de Rosa a orar por ella, pero el Señor escuchó mi oración hecha desde lejos y realizó la obra a distancia.

## El reposo del Señor

*“Pero los que hemos creído entramos en el reposo...”*

(Hebreos 4:3))

Toda persona necesita reposar de su trabajo. Por eso, todos los años se conceden vacaciones. La ley obliga a ello para proteger a las personas. La ley prohíbe incluso, el trabajar más de ciertas horas al día y más de ciertos días de corrido, sin tiempo para el reposo. El reposo es tan importante para el ser humano que el mismo Jesús dijo que: “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo” (Marcos 2:27). Jesús mismo dormía, y se ocupaba de que los que le seguían descansaran también.

Necesitamos tiempo para descansar, necesitamos tiempo para despejarnos, necesitamos tiempo para recuperar fuerzas. Nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo y debemos cuidarlo. El descanso es una necesidad, un deber y un derecho. Sin descanso, nos debilitamos, enfermamos y morimos prematuramente.

De la misma manera que nuestro cuerpo necesita reposo, la mente lo necesita también. Cuando estamos cargados por los afanes de la vida, por las preocupaciones, por los problemas, por el mucho hacer, nos sentimos agobiados, deprimidos, ansiosos. La mente se turba. Dejamos de pensar acertadamente. Sobreviene confusión. A veces sentimos cansancio del alma también. El cansancio del alma nos nubla la visión espiritual, debilita la fe, paraliza la acción. Todos pasamos períodos de cansancio del alma. Es preciso reconocerlo para hacer un alto en el camino. Es preciso detectarlo a tiempo, para evitar enfermedades del alma. El cansancio del alma y de la mente afectan también al cuerpo y viceversa. Somos seres integrales. Cuando Dios dio el mandamiento del día de reposo, lo hizo para nuestro beneficio, considerando nuestra necesidad de descanso. Es un tiempo para que nos detengamos de toda labor y nos dediquemos a buscar más de cerca la comunión con El, que a veces, por el mucho trabajo, se ve obstaculizada. Esto es cierto, aún en medio del trabajo que se rinde

sirviéndole a Dios. Los ministros de Dios también necesitan descansar. Es necesario y saludable sacar tiempo y espacio de vez en cuando para el descanso.

No obstante, por más descanso del cuerpo y de la mente que procuremos, siempre llegarán momentos de agotamiento, de agobio, de carga. Dios, consciente de esta realidad, ha provisto un reposo mejor para nosotros. Es un reposo que podemos disfrutar aún en medio del arduo trabajo. Ese reposo está en Cristo Jesús. El es nuestro reposo. Por eso Jesús nos dijo: “Venid a mí los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil y ligera mi carga.” (Mateo 11:28-30). En Cristo está nuestro verdadero reposo. Si vivimos y trabajamos enyuntados con El, como dos bueyes que llevan el mismo yugo, la carga se nos hará más ligera, el trabajo más fácil. Si aprendemos de El a vivir en sabia mansedumbre y en humildad, nos sentiremos más livianos y nuestra alma hallará descanso. La soberbia y la rebeldía pueden, además, llevarnos a la incredulidad y en tal caso, nos podría suceder como al antiguo pueblo de Israel, del que nos habla el autor de Hebreos en el capítulo 4, que por su falta de fe y su corazón endurecido, no pudieron entrar al reposo prometido por Dios. Usted y yo queremos entrar en el reposo de Dios.

Muchas veces identificamos el reposo prometido por Dios con el reposo final que nos espera cuando hayamos concluido para siempre nuestro trabajo aquí en la tierra y entremos en la patria celestial. Ese reposo será maravilloso y todos lo esperamos. Sin embargo, el autor de Hebreos nos habla de un reposo aquí y ahora cuando nos dice: “Pero los que hemos creído, entramos en el reposo...” (Hebreos 4:3). Dice “entramos” como algo ya acontecido, no un suceso futuro. En este sentido, el reposo del que habla el autor de Hebreos es similar al prometido por Jesús. Es un descanso que podemos comenzar a disfrutar al venir a Cristo y llevar vidas de fe y obediencia a Su Palabra. Es un descanso para los que hemos creído en Dios y le hemos creído a Dios. Es un descanso para los que hemos aprendido a descansar de nuestros afanes y a prescindir de nuestras buenas obras, para vivir en total dependencia del Espíritu Santo. Ahora

llevamos el yugo de Cristo sobre nosotros. Ahora nos ciñe El. Ahora vivimos y trabajamos con El, por El y para El. Ahora es El quien nos dirige. No es El quien comparte nuestro yugo. Nosotros dejamos nuestro yugo atrás para tomar el de Jesús. Compartimos el yugo suyo, y su yugo es fácil, y ligera su carga.

Entremos en el reposo del Señor, si nos sentimos trabajados y cargados. Vengamos a Cristo y llevemos su yugo sobre nosotros. Aprendamos de El a vivir en mansedumbre y humildad de corazón, y encontraremos al fin reposo para nuestras almas.

## Las maravillas de la creación

(Escrito original publicado el 4 de agosto de 2002)

*“Aclamad a Dios con alegría, toda la tierra.  
Cantad la gloria de su nombre; poned gloria  
en su alabanza. Decid a Dios ¡Cuán asombrosas  
son sus obras!”* (Salmo 66:1-3)

Dios nos ha dado un planeta hermosísimo para que vivamos en él. Aún los lugares más inhóspitos para la vida son bellos. He viajado en auto por los desiertos de Marruecos, Egipto e Israel. He cruzado en tren el desierto de Arizona en los Estados Unidos. Extensiones que parecen interminables se ensanchan ante nuestros ojos, sin vegetación alguna. No obstante, el paisaje es hermoso. De vez en cuando descubrimos plantas como los cactus, que en medio del desierto florecen y nos traen un mensaje de parte Dios. Podemos encontrar manantiales rodeados de palmeras de dátiles que sirven de sombra y de alimento al cansado caminante. Aún en medio del desierto, Dios hace provisión para nosotros. Su magnanimidad es infinita.

Una vez estuve en el Monte Sinaí. Subí durante la noche a pie y en camello para ver el amanecer desde la cima. ¡Jamás había visto tantas estrellas! Comprendí cómo se tiene que haber sentido Abraham cuando Dios le dijo: *“Mira ahora los cielos y cuenta las estrellas, si las puedes contar.”* (Génesis 15:5). ¡No podía dejar de mirar al cielo! Me perdí entre las estrellas. Me sentí tan insignificante ante la grandeza del espacio que se elevaba ante mis ojos, poblado de millones de mundos, muchos más grandes que el nuestro, pero que lucían más pequeños que una luciérnaga. Clamé entonces como David cuando dijo: *“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?”* (Salmo 8:3-4) ¡Oh, grandeza del amor de Dios! Al llegar el amanecer pude contemplar el panorama. La majestuosidad de aquel monte se levantaba como un gigante sobre una inmensa cordillera de montañas rocosas que

le rodeaban. El paisaje sobrecogía. ¡Con razón Dios escogió aquel lugar para hablar a solas con Moisés!

Hace varias semanas visité un lugar muy diferente, pero igualmente majestuoso: las cataratas del Niágara. De nuevo tuve que glorificar a Dios. La hermosura de los eternos arcoiris que adornan el lugar, son como una sonrisa de Dios. Los millones de galones de agua por minuto que constantemente bajan de las montañas son otra manifestación de los inagotables recursos de Dios para bendición del ser humano.

La tierra está llena de la gloria de Dios. No darnos cuenta de ello nos sitúa en una posición similar a la que Pablo describe en Romanos 1:21 cuando dice: *“Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido.”* Dios nos habla claramente a través de sus obras. Negar la existencia de Dios ante evidencia tan elocuente como la creación misma, es necedad. Por eso Pablo nos dice: *“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusas.”* (Romanos 1:20).

Aprendamos a mirar la naturaleza para glorificar a Dios. Aprendamos a reconocer a Dios a través de las obras de sus manos. Disfrutemos de la belleza de todo lo que Dios ha creado. No lo afeemos y dañemos con basura. Evitemos destruir la naturaleza. Cuidemos de ella. Es un regalo de Dios para nosotros.

La próxima vez que contemple usted uno de esos atardeceres maravillosos que se aprecian en nuestra isla, o cuando se tope con una flamboyán o un roble en todo su esplendor de colores, atrévase a decir sin temor ni vergüenza: *“¡Oh, Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!”* (Salmo 8:9). Aclamemos a Dios con alegría y cantemos la gloria de su nombre, porque en verdad, las obras de Dios son asombrosas.

## **Como la flor del campo**

(Escrito original publicado el 18 de agosto 2002)

“El hombre, como la hierba son sus días;

Florece como la flor del campo, que pasó

el viento por ella, y pereció, y su lugar no

la conocerá más.” (Salmo 103:15-16)

Una tarde, mientras caminaba con mi madre y mi hermano Héctor por un parque en Michigan, mi madre se detuvo a contemplar una extraña flor silvestre. Era distinta a las demás flores, porque lo que le daba el color blanco no eran exactamente pétalos. Era como una pequeña sombrillita casi transparente, formada por una delicada pelusita blanca, frágil y delicada. Mi madre la arrancó y al soplar sobre ella suavemente, los pétalos que no lo eran, se fueron volando. Ella le preguntó a mi hermano qué flor era aquella. Él le contestó que era el mismo tipo de flor que las otras que había a su alrededor, sólo que estaba viejita. Eso me llamó la atención y me dediqué a buscar hasta que vi otra igual.

¡Qué maravilla de la creación! ¡Otra metáfora viviente! De repente, vi en aquella flor un espejo de lo que somos. Nacemos, crecemos y florecemos como la flor del campo en nuestra juventud, cuando lucimos más hermosos que nunca. Llegamos a la adultez y los pétalos comienzan a mustiarse. Poco a poco nos vamos volviendo más frágiles. Los pétalos se tornan casi transparentes. Sin embargo, había hermosura en aquella flor anciana. Había dignidad. Había delicadeza. No era la misma flor de antes. Su belleza era distinta, pero era bella. No tenía la misma fortaleza física de antes. Ahora sus pétalos se despegaban con más facilidad. Había que tratarla con más ternura y cuidado, pero su tallo permanecía firme. Entonces, miré a mi madre, hermosa a sus 80 años. Su cabello blanco y fino, parecido al de la flor del campo, corona su cabeza. Su

andar es más pausado., se ve más frágil, pero una fortaleza interior la sostiene, como el tallo a la flor.

Qué importante es saber vivir sabiamente y disfrutar a plenitud cada etapa de la vida. Qué hermoso es poder ver hombres y mujeres que han sabido envejecer dignamente. La verdadera belleza es la que viene de adentro. Es la que herмосea, es la que dignifica. Esa belleza sólo es posible cuando estamos en paz con Dios, con nosotros mismos y con los demás. Esa belleza procede de un corazón en el que habita Dios.

Nuestra generación endiosa la juventud. Es cierto que el mito de la eterna juventud se ha dado repetidamente en todos los tiempos. Para los antiguos griegos, el secreto de la eterna juventud y la inmortalidad se encontraba en el néctar de una misteriosa flor, inalcanzable para nosotros los mortales. Juan Ponce de León persiguió el mito de una fuente de la juventud, que lo llevó hasta la Florida, para morir allí sin encontrarla. Pero nuestra generación parece haber decidido hacer del mito una realidad. Se glorifica la juventud y se desprecia al anciano mayor, como si nunca fuéramos a llegar a esa etapa. Los científicos exploran el genoma humano para ver si logran detener algún día el proceso de envejecimiento. Mientras tanto, hombres y mujeres se someten a cirugías de piel para prolongar la apariencia de juventud. La mayoría, incluyéndome, tratamos de ocultar un poco los surcos que los años van marcando en nuestro rostro. Algunos tiñen su cabello para oscurecer las canas. Humectamos nuestra piel con lociones para que luzca más lozana. Sin embargo, tarde o temprano, la realidad biológica se manifestará por sobre nuestros intentos de aplacarla.

La flor del campo trajo a mi memoria las palabras de Isaías 40:6-7: “Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo.” Un día, el soplo de Dios nos hará volar, como las frágiles pelusitas blancas de la flor anciana al soplo suave de los labios de mi madre aquella tarde. Nada podremos hacer para evitarlo.

Pero algo maravilloso descubrí en aquella flor. Cada pequeña pelusita blanca cubría una diminuta semillita, que al ser lanzada al aire caería en otro lugar, para allí germinar. Aquella flor necesitaba morir para que nuevas flores nacieran. Era precisamente en su muerte que se volvía fructífera.

¡Qué hermosa lección! Vivamos de tal manera que cuando el soplo de Dios llegue finalmente a nuestras vidas y nos haga volar de esta tierra rumbo a la eternidad, hayamos dejado sembradas en los corazones de los demás cientos de semillas de amor, de fe y de paz. Amén.

## En Su presencia

(Escrito original publicado el 10 de noviembre de 2002)

*“En tu presencia hay plenitud de gozo;  
Delicias a tu diestra para siempre.”*

(Salmo 16:11b)

En días recientes tuve una experiencia hermosísima con el Señor. Me había pasado la noche alabándole mientras dormía y me desperté cantando. Continué las rutinas matutanas en diálogo constante con Él y así mismo me dirigía hacia mi auto. De repente, se me hizo tan presente el Señor, que le sentí caminar conmigo todo el trayecto del estacionamiento. Me produjo un gozo tan grande que comencé a reírme mirando hacia el lado con los ojos bien abiertos porque me parecía que en cualquier momento le iba a poder ver. No sé si algún vecino me estaba mirando por la venta. Sin duda pensaría que había enloquecido, pero sólo disfrutaba de una caminata matutina con mi Señor. Es maravilloso saber que Él está con nosotros siempre. No hay deleite mayor sobre esta tierra que el disfrutar de momentos de íntima comunión con Dios.

Nada como habitar en Su presencia. -Pero si Dios está en todas partes-, me dirá usted, -¿cómo podríamos habitar fuera de su presencia?-. Usted tiene razón en parte. Por algo dice el Salmo 139:9: *“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?”*. No hay rincón del Universo ni fuera de él, en el que Dios no esté. Sin embargo, usted y yo podemos salirnos de la presencia de Dios. ¿Cómo? De la misma manera que usted puede estar sentado en un salón de clases o en una iglesia, pero su pensamiento estar bien lejos de allí.

A veces optamos por salirnos de la presencia de Dios adrede, como fue el caso de Jonás, de quien dice la Biblia que *“se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis, y descendió a Jope, y halló una nave que partía para Tarsis; y pagando su pasaje, entró en ella para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová.”*

(Jonás 1:3). Otras veces andamos y nos movemos fuera de la presencia de Dios cuando le ignoramos, cuando nos distraemos en el camino. Nos sucede un poco como a los niños cuando deciden jugar a ser independientes... y se sueltan de la mano del padre para caminar ligerito delante de él... y quieren hacer las cosas solos porque ya son grandes... y tropiezan... y se asustan... y miran hacia atrás a ver si papá está allí todavía... y corren otra vez hacia sus brazos, buscando apoyo, consuelo, y amor. Nos salimos de la presencia de Dios también cuando decidimos vivir vidas de pecado. No obstante, no queremos abundar ahora en las causas y consecuencias del salirnos de la presencia de Dios. Queremos más bien hablar acerca de los beneficios y las bendiciones que recibimos al habitar en Su presencia.

Habitar en la presencia del Señor no sólo es deleitoso, sino conveniente. Cuando entramos en esa comunión íntima con Él, nos hacemos más sensibles a su voz. Esto nos permite escuchar mejor sus consejos, conocer más de cerca su voluntad, discernir con mayor claridad sus propósitos y sus tiempos. Nos evita errores y equivocaciones. Nos alerta cuando hay peligro. Nos dirige cuando estamos confundidos. Nos orienta cuando hay decisiones que tomar. Nos ayuda a vivir en mayor sintonía con el Espíritu y hasta comenzamos a orar conforme a Su voluntad y no a la nuestra. Dejamos de decirle a Él lo que tiene que hacer, para someternos nosotros a Su voluntad y aceptarla, cualquiera que ésta sea. Entonces, no importa lo que suceda, permanecemos en paz, en esa paz que sobrepasa todo entendimiento y que sólo podemos sentir estando en Su presencia.

El andar en Su presencia nos asegura la victoria en las pequeñas y grandes batallas de la vida. Cuando Dios llamó a Moisés le dijo: *“Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”*. (Éxodo 33:14-15). Esto es algo que he hecho muy mío. Lo digo cada vez que me toca subir a un altar, cada vez que he ido al campo misionero, cada vez que vamos a las ondas radiales o de televisión a comunicar el mensaje de Dios, cada vez que comienzo a escribir. Incluso, lo digo cuando me dispongo a salir en la mañana hacia el trabajo, cuando voy a dar mis clases, cuando ofrezco un taller. Me da temor y temblor

sólo de pensar en hacer las cosas por mi propia cuenta, sin contar con Él, valiéndome de mis propios recursos, sin Su respaldo, sin Su presencia. Las veces que lo he intentado, ha sido desastroso. Las consecuencias me han perseguido por largo tiempo después. Es que sin Su presencia, nada podemos hacer, al menos, nada que valga la pena, nada que verdaderamente edifique, nada que trascienda. Sin Su presencia aún las más hermosas y elocuentes palabras se vuelven “*metal que resuena y címbalo que retiñe*” (I Corintios 13:1). Su presencia hace la diferencia. Cuando Él está en el asunto, hay victoria segura. Cuando Su presencia está, no somos nosotros los que hablamos, sino Él, no somos nosotros los que actuamos, sino Él y sólo Él merece entonces la gloria.

Procuremos esa íntima comunión con Él cada segundo del día. Practiquemos dialogando con Él mientras manejamos el auto, mientras hacemos las tareas cotidianas, cuando vayamos de compras, mientras trabajamos. Vayamos luego a la cama con una alabanza a flor de labios. Entonces, en lugar de sueños pesados, nos pasaremos la noche adorándole mientras dormimos. Despertaremos con un cántico de alabanza en el corazón y emprenderemos el nuevo día con regocijo, porque en la presencia de Dios “*hay plenitud de gozo; Delicias a su diestra para siempre.*”, como bien dice el Salmo 16:11b.

## **De oídas te había oído**

(Escrito original publicado el 17 de noviembre de 2002)

*“De oídas te había oído; Más ahora mis ojos  
te ven.”* (Job 42:5)

No es lo mismo leer un poema, que conocer al autor del poema. No es lo mismo apreciar un cuadro, que conocer al pintor. No es lo mismo saber quién es el Presidente de una nación, que ser su amigo. No es lo mismo aplaudir a un artista o a un deportista famoso desde el escaño, que conversar con él y darle la mano. A veces, el conocer al artista, o al Presidente, o al deportista, nos causa una gran desilusión. Idealizamos a las personas y cuando las conocemos realmente, descubrimos cuán frágiles, cuán vulnerables, cuán simplemente humanos son.

Con Dios nos pasa lo contrario. La mayoría de nosotros hemos tenido una idea abstracta, lejana e impersonal de lo que es Dios. Le vemos como alguien distante y ajeno. Otras veces nos hacemos una idea de Dios distorsionada. Le vemos como un Dios castigador, cruel, censurador, represivo, enemigo de todo lo humano. Esta es la visión del que juzga a Dios a base de la actitud torquemaica que algunos sectores de la cristiandad han manifestado a lo largo de la historia y de las posturas farisaicas, tan faltas de compasión y misericordia mostradas por otros. Hablamos de Dios sin conocerle, sin saber cómo es en realidad, sin saber quién es. Es más, podemos pasarnos la vida en una iglesia, sin haberle descubierto.

Sin embargo, cuando llegamos a conocer a Dios, no por lo que otros nos han contado, sino por experiencia propia, quedamos enamorados. Nos enamora su misericordia. Nos enamora su sentido de justicia. Nos enamora su fidelidad. Con Dios no hay desilusión posible. Con algunos cristianos, tal vez. Con Dios, nunca.

Ahora bien, ¿será posible ver a Dios? ¿Será posible estar seguro de su existencia? Pregúntele a las millones de personas que han sido transformadas por El a lo largo de la historia, y le asegurarán que sí. Pregúntele a los miles que han sido sanados

milagrosamente de enfermedades para la ciencia incurables, y le dirán que sí. Pregúntele a todos los que han sido consolados sobrenaturalmente en algún momento de dolor y le dirán que sí.

Yo puedo asegurar que he visto a Dios. Podría decir que le he visto en el arcoiris y en la flor del campo y en un bello amanecer, y es cierto, pero podría sonar muy poético y romántico. Dios sí se manifiesta a través de Su creación, no hay duda de ello. Pero hay una obra de Dios que nos impacta más porque nos toca más de cerca: la obra que se produce en su vida y en la mía cuando Su Espíritu nos toca.

¿Quién puede negar que Dios existe luego de haber caminado a ciegas por el mundo, nómada del alma, con el corazón trasquilado, atada por cadenas esclavizantes de pecado, frustrada la existencia misma (a pesar de haberlo tenido todo, o casi todo), y haber sido libertada en un instante cuando Jesús vino a mi encuentro? Hoy puedo entender el amor que sintió la Magdalena hacia su Maestro, el agradecimiento de la que fue sorprendida en adulterio y recibió el perdón de Dios para no volver a pecar, el entusiasmo evangelístico de la samaritana que proclamó a los cuatro vientos que había conocido al Mesías. Es que todas ellas también vieron a Dios. Es que todas ellas fueron tocadas por El. Es que Su amor, como a mí, las transformó.

Puedo decir que he visto a Dios porque le he visto hacer milagros. Durante toda mi vida tuve una pierna más corta que la otra. Una tarde, en un segundo, el Señor las niveló. Fui testigo de la desaparición milagrosa de un tumor en el cerebro de una estudiante tras haber orado por ella. Vi cómo el agua de unas cantimploras jamás bajó de su nivel a pesar de que más de diez personas habíamos estado bebiendo de ella durante varias horas, en un viaje misionero. Vi cómo una joven regresó de la muerte al mandato de “María, en el nombre de Jesús, levántate”, que le hiciera un hermano en Cristo, luego de haber sufrido ella una asfixia en medio de un ataque de epilepsia. Dios es real. El que le ha visto, no vuelve a ser el mismo.

Yo viví ciega a la realidad de Dios durante mucho tiempo, hasta que Su amor me alcanzó. Hoy puedo decir sin lugar a dudas que sé en quién he creído, porque he sido testigo de Su grandeza. Hoy me uno a tantos otros alrededor del mundo, para proclamar a voz en cuello las palabras de Job 42:5: *“De oídas te había oído; más ahora mis ojos te ven.”*

## Los caminantes de Emaús

*“Sucedio que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos. Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen.” (Lucas 24:15-16)*

Siempre que leo el relato de Lucas 24:13-35 que habla acerca de los dos discípulos de Jesús que iban camino a Emaús tan embebidos en sus lamentos por la muerte del Maestro que no le reconocieron cuando éste se les apareció tras haber resucitado, me pregunto cómo pudo ser. ¿Cómo es posible que no le reconocieran, si hasta conversó con ellos y les acompañó durante largo rato? La Biblia dice que *“los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen”* (Lucas 24:16). ¿Sería acaso que el dolor les cegaba? ¿Sería que la confusión se apoderó de sus mentes y de sus corazones de tal manera que les nubló los ojos y el entendimiento? ¿Sería falta de fe? A veces tendemos a juzgarles y a criticarles, pero ¿cuántas veces a usted y a mí nos acontece lo mismo?

Solemos adjudicarle a la suerte o a la casualidad acontecimientos que no son otra cosa que provisión divina para nosotros, intervenciones de Dios en nuestras vidas. No nos damos cuenta de que ha sido obra de Dios. No nos damos cuenta de que Dios ha estado con nosotros librándonos de peligros, guiando nuestras vidas, supliendo para nuestras necesidades. Cuando estamos atribulados, pensamos que Dios se ha ido. Sin embargo, está más cerca de nosotros que nunca.

He escuchado a personas decir cuando alguien ha sido sanado por el poder de Dios que a lo mejor nunca estuvo enfermo, o que tal vez le dieron un diagnóstico equivocado, o que los resultados del laboratorio o de las placas eran de otra persona. Se les hace difícil creer en los milagros. La incredulidad hace que no puedan reconocer a Dios en acción.

Los caminantes de Emaús no pudieron reconocer al Cristo resucitado hasta que éste entró con ellos a la casa y *“y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista. Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?”* (Lucas 24:30-32)

Tal parece que su manera particular de partir el pan, de bendecirlo y compartirlo con ellos les recordó la última cena que habían celebrado con Él días antes. *“Entonces les fueron abiertos los ojos y le reconocieron”*. ¿Cuántas veces usted y yo hemos necesitado también un recordatorio de alguien o de la Palabra de Dios para poder ver a Dios en el asunto? ¿No ha dicho usted alguna vez: ‘Claro, eso tiene que haber sido Dios’, luego de que alguien dijera: ‘Eso no puede haber sido casualidad’? O tal vez haya dicho: ‘No, si yo sabía que Dios iba a intervenir’, cuando alguien le abrió los ojos. ¿No es eso mismo lo que dijeron los discípulos: *“¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?”*? ¿No se les parece eso a cuando alguien dice ‘Por eso, eso mismo es lo que yo decía’, o ‘yo lo sabía, es que no había querido decir nada’?

Usted y yo nos parecemos a los caminantes de Emaús más de lo que pensamos. Usted y yo caminamos tantas veces con los ojos velados, sin darnos cuenta de que Jesús camina con nosotros. Usted y yo caminamos tantas veces sin reconocer la voz de Dios. Si miramos atrás, veremos cómo la mano de Dios ha intervenido tantas veces a favor nuestro y de nuestros seres queridos. Lo que tal vez nos pareció pura casualidad, coincidencia afortunada, fue Dios en acción. Ahora tal vez lo reconocemos así, como los caminantes de Emaús, pero en aquel momento, no nos percatamos de ello.

Mantengamos nuestros ojos y oídos espirituales limpios y abiertos para reconocer a Jesús. Tal vez nos envíe emisarios, tal vez obre a través de una persona, tal vez nos hable a través de Su Santa Palabra. Dios puede manifestarse de una y mil maneras en

nuestra vida, pero detrás de todo ello debemos reconocer Su mano milagrosa y provisor. Que no nos acontezca como a los caminantes de Emaús. Reconozcamos la presencia de Dios en cada circunstancia de nuestra vida y encarguémonos luego de darle las gracias.

## Guerras y rumores de guerras

(Escrito original publicado el 26 de enero de 2003)

*“Mas cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os turbéis, porque es necesario que suceda así; pero aún no es el fin.” (Marcos 13:7)*

¿Se ha puesto usted alguna vez a pensar lo absurda que es la guerra? En la guerra, nadie gana, todos pierden. Se pierden vidas en ambos bandos. Se destruyen estructuras que tanto dinero y sudor costaron para ser levantadas. Se afecta la economía personal y colectiva. Por todas partes reina el temor y la inseguridad.

¿Entonces, por qué desde que el ser humano existe, ha habido guerras? La explicación más sencilla nos la da Santiago, hermano de Jesús, en su Epístola Universal: *“¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.”* (Santiago 4:1-4). La codicia, la ambición, la envidia, el orgullo, la soberbia, la maldad, la vanidad, el odio, el rencor, el deseo de venganza, lanzan a los individuos y a las naciones a la guerra.

Si todos siguiéramos el siguiente consejo de Pablo a los Romanos, no habría guerras: *“No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino*

*vence con el bien el mal*". (Romanos 12:17-21). El problema está en que aunque usted y yo tratemos de vivir de esa forma, los líderes de las naciones no hacen lo mismo. No nos queda más remedio entonces que orar.

En la medida en que nos acerquemos al momento de la segunda venida de Cristo, debemos esperar un aumento en la violencia, en la maldad, en la crueldad, en la ambición, en el egoísmo, lo cual desembocará en más guerras, hasta concluir con la guerra final, la del Armagedón. Es que Satanás con todos sus secuaces saben que les queda poco tiempo y están lanzando todos sus dardos en un intento desesperado por confundir y destruir la mayor cantidad posible de personas. Jesús lo advirtió, para que no nos turbáramos: *"Mas cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os turbéis, porque es necesario que suceda así; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá terremotos en muchos lugares, y habrá hambres y alborotos; principios de dolores son estos."* (Marcos 13:7-8). Todo lo que está sucediendo, es cumplimiento profético. Si usted creía que las cosas iban a mejorar, Jesús dijo lo contrario: *"principios de dolores son estos"*.

Si esto es así, ¿para qué vamos a orar?, dirá usted. Debemos orar para que en medio de los momentos difíciles, Dios haga provisión para nosotros; para que en medio de la guerra, sintamos la paz de Cristo en nuestros corazones; para que en medio del dolor que pueda llegar a nuestra vida, sintamos el consuelo sobrenatural de Dios; para que en todo momento, Dios se ocupe de nosotros y de los nuestros. Jesús habló siempre de paz, pero de una paz diferente, porque es la paz en medio de la adversidad, de la guerra, de la tormenta, del dolor y de la angustia: *"La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo."* (Juan 14:27). *"Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo."* (Juan 16:33).

No importa lo que veamos, no importa lo que escuchemos, no importa lo que suceda, mantengamos nuestra mirada y nuestra confianza puesta en Dios. *"Jehová dará poder a su pueblo; Jehová bendecirá a su pueblo con paz."* (Salmo 29:11), una paz que no

depende de las circunstancias, porque nace en el corazón de Dios y se asienta en el nuestro. Su Espíritu Santo nos dará poder para resistir, no importa lo que ocurra.

Recordemos que *“antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”* (Romanos 8:37-39).

Oremos más que nunca, escudriñemos las Escrituras, tengamos momentos devocionales a solas con Dios con más frecuencia, para que la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento guarde nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:7), sabiendo que pase lo que pase, en Él somos más que vencedores.

## Levantémonos del sueño

(Escrito original publicado el 2 de febrero 2003)

*“Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos.”*

(Romanos 13:11)

Cada vez que encendemos la televisión, escuchamos los noticieros de la radio o leemos los periódicos, nos sorprenden y sobrecogen los acontecimientos cada vez más terribles: la violencia aumenta a niveles insospechados, escándalos en las esferas gubernamentales y religiosas en todos los países, crueldad manifestada hasta lo sumo, promiscuidad y desenfreno moral generalizado, guerras civiles y guerras internacionales alrededor del mundo... el planeta entero está convulso. Decimos: “Estas cosas nunca habían pasado, al menos con tanta frecuencia y en tal magnitud... es una locura colectiva... ¿a dónde iremos a parar?... esto no aguanta más... esto se está acabado... Cristo debe estar por venir...” Y tenemos razón. Todo indica que estamos en los tiempos del fin. ¿Cuánto durarán? Nadie lo sabe. Jesús mismo dijo que “del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre.” (Mateo 24:36), por lo que no debemos confundirnos por aquellos dados a especular fechas, pero sí debemos aprender de la higuera la parábola: “*Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca.*” (Mateo 24:32). Jesús nos da aliento al decirnos: “*Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.*” (Lucas 21:28). No es tiempo de decaer, no es tiempo de lamentar, es tiempo de erguirnos, de levantarnos, de mirar con esperanza al futuro, porque nuestra redención se acerca.

Aunque la sociedad entera esté en crisis, la moral esté por el suelo, la corrupción impere en todos los niveles, usted y yo debemos ahora más que nunca mantenernos firmes en Cristo Jesús, sin dejarnos mover por las corrientes del siglo y las presiones de grupo. Los sucesos terribles de nuestro tiempo indican “*que es ya hora de*

*levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz.”* (Romanos 13:11-12).

A veces nos acostamos a dormir en las pajas, como dice el refrán jíbaro. A veces nos descuidamos. A veces deponemos las armas espirituales y echamos una siestita, en vez de continuar en guardia. Es entonces cuando comenzamos a deslizarnos, es entonces cuando nos dejamos seducir por el pecado, es entonces cuando dejamos a un lado la santidad y nos contaminarnos con el mundo. Por eso, consciente de que nos encontramos en la etapa más oscura de la noche, sabiendo que las tinieblas que nos rodean son las más densas, porque la aurora se acerca, el Apóstol Pablo nos exhorta de esta manera: *“Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.”* (Romanos 13:13-14).

Aunque todo sea tiniebla a nuestro alrededor, vivamos en la luz de Cristo. Ahora más que nunca debemos ocuparnos de nuestra salvación con temor y temblor (Filipenses 2: 12b).

En el siglo 18 surgió una escuela de pensamiento en Europa que tenía toda su confianza puesta en la ciencia y el conocimiento humano. Los filósofos de la Ilustración pensaban ingenuamente que la razón y los nuevos descubrimientos científicos iban a llevar al ser humano a algo así como el paraíso en la tierra. Auguraban una futuro de felicidad, en el que la maldad iba a desaparecer, porque el conocimiento nos iba a hacer mejores personas. ¡Cuán equivocados estaban! Las épocas que le sucedieron han sido las más convulsas, las más violentas, las más críticas en la historia de la humanidad. Si hubieran escudriñado las Escrituras, hubieran descubierto que todo lo contrario iba a suceder. Las profecías indican que la ciencia aumentaría en los tiempos del fin, pero también la maldad.

Usted y yo debemos estar conscientes de que esto es y seguirá siendo así para que nada nos turbe. Que nada que veamos o escuchemos nos desvíe del camino, nos haga quitar la mirada de nuestra meta y nos haga perder la confianza que hemos depositado en Dios. No nos dejemos seducir por las corrientes de maldad, por las oleadas de corrupción, por la violencia en el ambiente. No permitamos que la dejadez espiritual se apodere de nosotros. Cuidémonos de los cánticos de las sirenas de este tiempo, para que no nos perdamos en medio de la mar como los navegantes que movidos por su encantamiento seguían en pos de ellas. Sacudámonos del marasmo y levantémonos del sueño, *“porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos.”*

## **Cuéntale a otros**

(Escrito original publicado el 16 de febrero de 2003)

*“Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo”*

(Marcos 5:19)

Los Evangelios de Mateo y Lucas relatan la historia de cómo Jesús libertó a un hombre que había estado poseído por demonios durante mucho tiempo. Es la famosa historia del endemoniado gadareno. Al quedar libre, el hombre le pidió a Jesús que le permitiera quedarse con él, tal vez con la idea de volverse uno más de sus discípulos; o a lo mejor porque pensaba que al lado de Jesús iba a vivir más protegido; o quizá era su manera de agradecerle lo que había hecho por él. No sabemos los motivos detrás de su petición. Lo que sí sabemos es que *“Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.”* (Marcos 5:19).

¿Implica la negativa de Jesús a la petición de este hombre de permanecer con él un desprecio a su persona? De ninguna manera. La mayor muestra de amor y respeto de parte de Jesús hacia este hombre fue el haberle libertado de tan terrible posesión satánica. ¿Entonces por qué Jesús no le permitió quedarse con él, sino que le envió a los suyos para que les contara lo acontecido? En primer lugar, imagínense qué hubiera sucedido si cada una de las personas que Jesús sanó, libertó o transformó se hubiera quedado con Jesús y los doce discípulos. No hubiera sido posible. Además, el Señor llama a unas personas para realizar ciertas tareas y a otros otras. *“¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?”*, pregunta Pablo en 1 Corintios 12:29-30. Cada uno tiene una función distinta en el cuerpo de Cristo, pero todas son igualmente importantes.

Usted no tiene que ser Pastor, Misionero, Evangelista o Capellán ordenado para trabajar para Cristo. Usted puede hacer como hizo el hombre del relato, que *“se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban.”* (Marcos 5:19-20). El nunca estudió en un seminario (dicho sea de paso, los doce discípulos tampoco). El no estuvo meses en un instituto bíblico. El fue libertado por el Señor y enseguida comenzó a testificar. El mismo Cristo le ordenó que lo hiciera. Usted tal vez no conoce aún mucho de la Palabra de Dios. Usted tal vez no ha sido llamado a predicar, pero usted sí puede contarle a otros lo que el Señor ha hecho en su vida. Usted y yo somos llamados a dar testimonio de lo que Dios hace en nuestras vidas, para glorificar a Dios y edificación de los demás.

¿Qué ha hecho Dios por usted o por los suyos? Sin duda son muchas las cosas que puede mencionar. ¿Se lo ha contado usted a alguien? A veces callamos, por temor a que nos tilden de fanáticos, por miedo al qué dirán. ¡Cuántos cristianos hay con hermosos testimonios nunca compartidos! ¡Cuántas veces ni los vecinos, ni los compañeros de trabajo saben que somos cristianos! Un testimonio compartido puede ser la llave para que otra persona abra su corazón a Cristo, la respuesta que alguien espera, la palabra de esperanza para alguien en angustia. Usted puede ser de bendición para los demás sólo con contar las maravillas que Dios hace en su vida, los pequeños y grandes milagros cotidianos.

Si todos los cristianos nos diéramos a la tarea de hacer como el gadareno y publicáramos en nuestro vecindario, en el trabajo, en la casa, en donde quiera que surja la oportunidad, las grandes cosas que ha hecho Jesús en nosotros, la gente se maravillaría y glorificaría a Dios.

Pidámosle a Dios ser revestidos con el poder del Espíritu Santo para testificar con valentía, unción y autoridad. Pidámosle que nos ponga en el camino, o nos lleve a las personas a las que debemos hablar. Dios comenzará a mostrarle, a dirigirle, a guiarle hacia aquellos necesitados de palabras de aliento y de esperanza. ¿Quiénes serán estos? El que espera en la fila del banco, o en la oficina del médico junto a usted; su

vecino del frente; el familiar que hace tiempo usted no ve; su jefe; ese amigo que un día se encontró en el centro comercial; el joven que le pidió dinero en el semáforo.

Cada persona que es transformada por Cristo, todo el que es libertado por El, todo el que es receptor de algún milagro, tiene la responsabilidad de compartirlo con otros. Tenemos que contarlo a otros. Es la mejor manera de demostrarle a Dios nuestro agradecimiento y la mejor manera de sembrar una semilla de fe en los corazones de los demás. Hagamos como el gadareno, vayamos a los nuestros y contémosles cuán grandes cosas a hecho Jesús en nuestras vidas. Amén.

## **Donde abunda el pecado sobreabunda la gracia**

(Escrito original publicado el 2 de marzo 2003)

*“...mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”* (Romanos 5:20b)

Hace varias semanas asistí a una conferencia para profesores universitarios en la que se examinaban las tendencias que se observan a nivel mundial como consecuencia de la globalización económica. La Dra. Marcia Rivera, quien fue la exponente del tema, es investigadora del Instituto Latinoamericano de Educación para el Desarrollo. Fue Directora Ejecutiva de la Comisión de Educación, Ciencia y Cultura del Senado de Puerto Rico. Ha sido asesora de organismos internacionales tales como Las Naciones Unidas, la UNESCO y el Banco Interamericano de Desarrollo, entre otros. Cito algunos de sus créditos para resaltar que la persona sabía muy bien de lo que hablaba.

Me interesó mucho su exposición por el diagnóstico tan acertado que hizo de la condición social, moral y emocional imperante en todas las naciones. Puerto Rico no es la excepción. La Dra. Rivera señaló que “como pocas veces antes en la historia de la humanidad, hoy estamos viviendo una existencia caracterizada por la incertidumbre” en los ámbitos políticos, económicos y personales. La corrupción que impera en todos los niveles nos ha hecho perder la confianza en las instituciones que tradicionalmente han sostenido nuestra civilización: los partidos políticos, las instituciones religiosas y las grandes empresas. Escándalos por doquier, falta de credibilidad en los líderes, ausencia de modelos positivos a quiénes imitar. El constante riesgo de guerra y el creciente terrorismo internacional produce un temor en los ciudadanos del planeta que raya en la paranoia.

Pensamos que el dinero tenía la solución para todos los problemas y se ha intentado mercantilizarlo todo. Sin embargo, nos enfrentamos al fracaso de ese mercado. Cada día más mega corporaciones se van a la quiebra. Otras se retiran del mercado dejando a miles desempleados y ocasionando un desbalance en la economía mundial. El

incremento en los niveles de pobreza, la expansión de la brecha entre pobres y ricos, la incapacidad para pagar deudas individuales y nacionales, el estancamiento en la generación de empleos, ejercen grandes presiones sobre los individuos.

Todo ello ha generado una serie de problemas sociales que se nos han ido de las manos: el narcotráfico, el consumo de drogas, la violencia generalizada, la deserción escolar, el incremento en el número de deambulantes y los suicidios, entre otros. Destaca la Dra. Rivera que nuestra sociedad se encuentra “fragmentada, dividida, con serias dificultades para llegar a acuerdos y sobre todo, desconfiada.”

Todo este panorama oscuro, el cual se ha vuelto el pan nuestro de cada día y al que muchos terminan por acostumbrarse, nos hace reflexionar. Las multitudes andan “desamparadas y dispersas, como ovejas que no tienen pastor” (Mateo 9:36). Es ahora cuando más la humanidad necesita de Cristo, el Pastor de los Pastores. Usted y yo tenemos la responsabilidad de presentarles a Jesús. Usted y yo, como discípulos de Jesucristo que somos, debemos asumir posiciones de liderazgo, y no me refiero a títulos ni a puestos. Me refiero a asumir la responsabilidad que Dios ha delegado en nosotros de ser luz del mundo y sal de la tierra, a modelar virtudes cristianas en medio de una sociedad carente de valores y principios éticos, a sembrar semillas de fe y esperanza en los corazones de aquellos que las han perdido, a ser embajadores de paz y buenas nuevas en medio de la violencia, la guerra y el desasosiego.

La delincuencia, el crimen, la violencia, la inmoralidad y la corrupción han alcanzado niveles insospechados. Pero aún hay esperanza. Pablo nos dice en Romanos 5:20 que *“cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”*. Es esa gracia redentora la que usted y yo debemos anunciar. La gente necesita urgentemente palabras de esperanza, buenas noticias, el Evangelio de salvación. Ni la política, ni la economía, ni las instituciones religiosas, ni las grandes empresas han podido solucionar los graves problemas de nuestro tiempo. Por el contrario, han sido cómplices y causantes de muchos de estos males. La única alternativa se llama Jesucristo. No el Cristo muerto, el Cristo de papel, el Cristo de las leyes y los dogmas que tantas veces las instituciones

religiosas han mal representado, sino el Cristo vivo de la Biblia, el que murió por toda la humanidad para redimirla.

La incertidumbre crecerá. La inseguridad y el sentido de impotencia será mayor. El pecado seguirá aumentando, pero sobreabundará la gracia y la misericordia de Dios para salvar. Oremos sin cesar por los que aún no han conocido a Cristo. Oremos por aquellos que aún no se han cobijado bajo el manto de la gracia redentora. Oremos por los no alcanzados todavía por el Evangelio, porque son muchos. *“A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos”*, como dijo Jesús. Roguemos pues, *“al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.”* (Mateo 9:37-38) y estemos disponibles usted y yo para ir como obreros a donde Él nos envíe. Amén.

## ¿Qué clase de mujer es esa?

(Publicado por primera vez el 16 de marzo de 2003)

*“Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora.”*  
(Lucas 7:39)

Uno de los aspectos de la vida de Jesús que más llama la atención es su actitud comprensiva y misericordiosa hacia las personas marginadas, despreciadas y condenadas por los religiosos de su tiempo: prostitutas, publicanos tramposos, ladrones, personas de otros pueblos considerados inmundos por los judíos, pecadores de todas clases. Sin embargo, se le oía con frecuencia censurar y confrontar duramente a los fariseos y a los líderes religiosos por su hipocresía e impiedad. Jesús no aplaudía ni consentía las prácticas inmorales y corruptas de los pecadores, sino que entendía compasivamente que eran víctimas de fuertes ataduras que les mantenían esclavizados al pecado, de las que deseaban ser libertados. La mirada de Jesús trascendía las apariencias para ver el corazón. Por eso sabía que aquellos pecadores eran más sensibles, honestos y humildes de corazón que algunos religiosos. Jesús fue criticado muchas veces por andar en compañía de pecadores, pero a El eso le tenía sin cuidado.

Recordamos por ejemplo una visita que hizo Jesús a la casa de un fariseo. Dice Lucas el evangelista que: *“habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume. Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora.”* (Lucas 7:36-39). Evidente juicio discriminatorio contra aquella mujer y duda del discernimiento profético de Jesús. Lo

que aquel fariseo no sabía era que él juzgaba según las apariencias, más Jesús conocía las intenciones del corazón.

Hace muchos años vivió en Humacao una mujer que fue, como la del relato de Lucas, criticada, censurada y despreciada por muchos que la juzgaban según las apariencias. Era una joven mujer sedienta de amor justicia y verdad, que en vano intentó saciar su sed en aguas cenagosas. Se dejó seducir por las corrientes del siglo y vivió licenciosamente por un tiempo en la ciudad de Nueva York, mientras trabajaba como actriz y completaba sus estudios de Maestría. Regresó a Puerto Rico y comenzó a trabajar como profesora en lo que entonces era un Colegio Regional de la Universidad de Puerto Rico. Era una buena maestra de arte y de teatro, pero no era el mejor modelo de vida para sus estudiantes. Pretendía vivir a la manera del Greenwich Village de New York, en una ciudad pequeña y conservadora, en donde las noticias corrían rápidamente. En poco tiempo vino a ser el escándalo del pueblo. Ante los ojos de los demás era la maestra “hippie”, la maestra comunista, la maestra mariguana, y tantas otras cosas más. Si hubiera entrado a la casa del fariseo para enjugar los pies de Jesús con perfume, el fariseo también hubiera pensado: *“Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora.”* Pero aquella mujer, igual que la del relato, tenía sed de conocer al Señor y de cambiar su estilo de vida.

En el relato de Lucas, Jesús, *“vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados.”* (Lucas 7:44-49). A la mujer de Humacao, Jesús también le dijo: *“Tus pecados son perdonados”* y le añadió, como a la mujer adúltera de que habla Juan 8:11: *“Vete y no peques más”*. Ambas mujeres fueron amadas por el Señor, perdonadas y libertadas de sus pecados, a pesar de los ojos

críticos de los fariseos. Ambas mujeres aprendieron a amar mucho al Señor, porque mucho se les perdonó. La primera mujer, vivió hace dos mil años. La segunda, aún vive para contar lo que Jesús hizo por ella y para derramar a Sus pies el perfume de su corazón, en alabanzas y acciones de gracia. De la primera no sabemos el nombre. La segunda es quien escribe estas líneas. Los fariseos jamás me hubieran dejado tocar a Jesús. ¡Ni siquiera me hubieran dejado entrar a la casa! De mí también hubieran dicho: “¿*Qué clase de mujer es esa?*”. En cambio, Jesús mismo vino hasta mi casa. Entró a casa de aquella joven mujer pecadora, porque tuvo compasión de ella. La miró con ojos de misericordia, la amó, la perdonó y la transformó.

Muchas décadas después sigo testificando que Cristo me hizo libre y miro con los mismos ojos de misericordia con que Jesús me miró a mí, a los adictos, alcohólicos, prostitutas, homosexuales y lesbianas, practicantes del ocultismo, seguidores de religiones falsas, a todos aquellos que la religiosidad farisaica juzga y margina, porque si el poder de Dios me transformó a mí, puede transformarlos a ellos también.

Cuidémonos, hermanos, de no cerrarle las puertas de la salvación a nadie, por pensar como aquel fariseo. No tengamos temor de hablarle a la gente pecadora por miedo al qué dirán los demás, y jamás pensemos cuando veamos a un hermano ministrándole a un pecador: “Si tuviera discernimiento, sabría quién es ese y qué clase de persona es” porque por todas fue que vino Jesús.

## Venciendo el temor

(Publicado por primera vez el 23 de marzo de 2003)

*“El perfecto amor echa fuera el temor.”*

(1 Juan 4:18)

Hoy más que nunca el temor se ha apoderado de las mentes y los corazones del ser humano. Hay temor ante la amenaza de actos terroristas, hay temor ante la posibilidad de ser blanco de algún misil de guerra, hay temor ante el hecho de que nuestros seres queridos sean enviados, o ya estén en el campo de batalla. Tememos el quedarnos sin empleo, tememos el no tener con qué sustentar nuestra familia. Tenemos miedo a los asaltos, a la violencia doméstica, al crimen, a la droga, a los perros, a los ratones, a los insectos, a las enfermedades, a la oscuridad, a la soledad, a la muerte.... miedo, miedo, miedo...

Muchos de los problemas de personalidad tienen también su raíz en los miedos. A veces tratamos de ocultarlo poniéndonos corazas que nos hacen parecer duros y despiadados. Podemos tornarnos crueles e insensibles por miedo al sufrimiento. Optamos por cerrar las puertas al amor, por miedo a ser heridos. Nos encerramos en nosotros mismos. Nos volvemos islas solitarias. Otras veces, nos volvemos inseguros e indecisos, incapaces de actuar por temor al fracaso. El miedo nos paraliza y nos troncha posibilidades. El miedo es el problema principal del tímido. También lo es del arrogante, aunque no lo quiera reconocer.

El miedo enferma, el miedo incapacita, el miedo distorsiona la realidad, el miedo nos hace ver gigantes donde sólo hay molinos, el miedo nos ciega, el miedo nos esclaviza. Por algo dijo el Apóstol Juan que *“el temor lleva en sí castigo”*. El temor es un enemigo mayor que el mismo enemigo al que le tememos, porque nos hace verle más grande y peligroso de lo que es en realidad, y porque nos impide actuar como es debido.

Pero no tenemos que vivir presos del temor. En el mismo versículo Juan nos dice que *“el perfecto amor echa fuera el temor”*, por lo tanto, lo que va a echar fuera el temor de nuestras vidas no es la auto sugestión, ni es la valentía, porque después de todo, no podemos hacernos a nosotros mismos más valientes de lo que somos, sino el amor. El pensamiento completo de Juan es el siguiente: *“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.”* (1 Juan 4:18) ¿De qué clase de amor estará hablando Juan aquí? Del perfecto amor. Ese perfecto amor es el de Dios. Lo sabemos, porque no hay amor perfecto fuera de Él. Además, en los versículos anteriores y posteriores a éste, Juan está hablando del amor de Dios. Por ejemplo, en el versículo 16 dice lo siguiente: *“Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él.”*

Amado hermano, si hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros, si sabemos que Dios es amor, y permanecemos en El, entonces, no hay por qué temer. Nuestra confianza no está en nuestras propias capacidades para resolver los problemas y enfrentar los conflictos, ni en nuestras propias fuerzas para vencer al enemigo, sino en el amor que Dios tiene para con nosotros. Si Él nos ama como nos ama, y si Él es amor, podemos estar seguros de que El cuidará de nosotros y de los nuestros. Si Él nos ama como nos ama, estará con nosotros en toda circunstancia. Si permanecemos en Él, Él nos dará la victoria. Es esa seguridad en Su amor la que echará fuera el temor. Es esa seguridad en el perfecto amor de Dios la que en medio de nuestra imperfección humana, hará la diferencia.

Yo siempre he tenido miedo a los ratones. Sin embargo, en una ocasión tuve que pasar toda una noche en una casa llena de ratas durante un viaje misionero. Eran enormes. Una de ellas pasó por encima de uno de mis pies mientras me encontraba en el baño. Estaban en la habitación, en el comedor, en la sala... Era como una pesadilla. Las dos hermanas que me acompañaban y yo decidimos pasar la noche en vigilia, cantando y adorando al Señor. De repente, un gozo sobrenatural se apoderó de nosotras y algo

inesperado comenzó a ocurrir. Cada vez que veíamos una rata, nos reíamos de ella y seguíamos cantando. Las ratas nunca desaparecieron, pero sí el temor que nos atormentaba. Llegó la mañana. Con ella se fueron las ratas y nosotras partimos a cumplir la misión para la que fuimos enviadas, fortalecidas, aún sin haber dormido. La diferencia la hizo la presencia del Señor en nuestras vidas y el gozo que nos produjo. Su perfecto amor echó fuera el temor.

Hermanos, jamás podremos vencer el temor por nosotros mismos. No podremos enfrentarnos solos a lo que nos produce miedo, pero sabemos que *“en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada -y aquí yo le añado: ni las ratas- nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”* (Romanos 8:37-39)

## La época de los desechables

(Publicado por primera vez el 18 de mayo de 2003)

*“Desechemos, pues, las obras de las tinieblas,  
y vistámonos las armas de la luz.”*

(Romanos 13:12)

¿Se ha dado cuenta usted de que estamos en la época de los “desechables”? Todo lo que no sirve, se desecha. Todo lo que nos cansa, se desecha. Todo lo que nos aburre, se desecha. Lo que no queremos más, se desecha. Compramos artículos en envases desechables. Los pañales de los bebés son desechables. Las inyecciones son desechables. Desechamos los muebles, la ropa y los automóviles porque nos cansamos de ellos. Se desechan tantas cosas, que hemos creado grandes daños ambientales al planeta por la contaminación con las sustancias desechadas. Nos lo hemos tomado tan en serio, que hasta las relaciones humanas y los valores son desechables. No se cree ya en el matrimonio, por lo que hay quienes deciden experimentar con distintas parejas, desechándolas una y otra vez cuando se aburren de ellas. Los que contraen nupcias, desechan al esposo o la esposa por el primer desacuerdo. Se desechan las personas de edad avanzada, porque ya no sirven. Se desechan los llamados hijos no deseados, y se abortan o se regalan con la misma facilidad con que se desecha un vestido que ya nos aburre. Se desechan conceptos y valores, considerados anticuados y ridículos, para dar paso a lo que está “in”, a lo que otros hacen, a lo que está de moda.

Recuerdo hace muchos años (tantos, que posiblemente algunos de los que leen estas líneas ni habían nacido) una canción popular que decía que “a todo lo que te de problemas ponle un ‘se vende’”. Esto suena muy simpático y hasta lógico. Es mejor vender algo que no esté en tan malas condiciones que desecharlo, porque alguien pudiera darle uso. Es una manera de reciclar. El problema está en que nos lleva a una filosofía de vida de poca tolerancia. ¡Si fuéramos a ponerle un “se vende” a todo lo que

nos trae problemas, tendríamos que comenzar por colgarnos un rótulo en el cuello, o vender la vida misma!

La Biblia nos habla de desechar, pero en otro contexto. Nos dice que debemos desechar *“las obras de las tinieblas”* (Romanos 13:12), exhortándonos a que *“andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia”*. (Romanos 13:13-14) Debemos desechar, además, *“toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones”* (I Pedro 2:1). Santiago 1:21 nos llama a desechar *“toda inmundicia y abundancia de malicia”*. Pablo nos exhorta a desechar *“las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas. Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad...”* (2 Tim. 2:23-25).

Comencemos a discernir lo desechable de lo que debemos atesorar. Dejemos de confundir términos, llamándole a lo malo bueno y a lo bueno malo. Cuidémonos de no estar desechando lo que debemos retener y reteniendo lo que no sirve. Escudriñemos las Escrituras para saber lo que en verdad es desechable. No es lo que nos da problemas lo desechable, sino lo que nos daña. Muchas veces son los problemas los que nos ayudan a crecer y a ser mejores personas. Son las actitudes negativas ante los problemas las que debemos desechar. Los problemas son para ser confrontados, resueltos o superados, no desechados.

La próxima vez que usted vaya a desechar algo, piénselo dos veces. Si en verdad no sirve, al zafacón con ello. Si alguien le puede dar uso, regálolo o véndalo a un precio razonable. Si es reciclable, recíclelo. Si se trata de una persona o relación que le hace daño, termínela, pero cuidado con quién se vuelve a relacionar, para que no cometa el mismo error. Si es un valor o concepto, analícelo a la luz de las Escrituras antes de declararlo anticuado. Después de todo, no hay nada más anticuado que los valores eternos y esos nunca pasarán de moda. Si se trata de pecados, deséchelos todos.

Eso sí que no se debe pensar dos veces y mientras más rápido lo haga, mejor.  
Sigamos el consejo de Pablo a los romanos: *“Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz.”* (Romanos 13:12)

## **El pastor y las ovejas dentro del cuerpo de Cristo**

(Publicado por primera vez el 1 de junio de 2003)

*“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo...” (Efesios 4:11-12)*

La iglesia de Jesucristo no es una denominación en particular, sino que se forma de todos aquellos lavados por la sangre de Cristo que le han aceptado como Señor y Salvador de sus vidas y que viven conforme a la Palabra de Dios, en toda la tierra y en todos los tiempos. Es un cuerpo espiritual en el cual cada uno de sus componentes es igualmente importante. Claro está, como en todo cuerpo, cada miembro tiene una función especial, aunque sea muy pequeño el miembro. En realidad, el tamaño no tiene nada que ver con la importancia de su función. Si no, observe cuán pequeña es una célula, tan pequeña, que no podemos verla a simple vista. Sin embargo, cada célula realiza funciones importantísimas en el cuerpo humano. Por otro lado, si algunas de esas células se enferman, puede ocurrir la muerte de una parte del cuerpo o del cuerpo entero, como ocurre con la enfermedad del cáncer. Cuando hay células enfermas, hay que extirparlas para salvar el resto del cuerpo. Si no se hace a tiempo, el cuerpo entero muere. Terrible, ¿verdad? Todos sabemos cuánto puede padecer una persona a causa de unas pequeñas células enfermas no extirpadas o descubiertas a tiempo.

Eso mismo sucede en el cuerpo espiritual que es la iglesia. Somos un cuerpo del cual Cristo es la cabeza. Como cuerpo, tenemos que funcionar concertada y armoniosamente. Dios desea que como cuerpo, *“crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.”* (Efesios 4:15-16). Para ayudarnos en este proceso, *“él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a*

*otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo". (Efesios 4:11-12).* Quiere esto decir que cada una de las personas que realiza alguna función ministerial o de servicio dentro del cuerpo de Cristo, como las arriba mencionadas y muchas más, debe ser llamada, capacitada y colocada dentro del cuerpo, en el lugar adecuado, por el propio Señor, no para servirse a sí mismos, sino para la edificación del cuerpo entero. Esto es muy importante, porque el que se entiende ministro del Señor, en el área de servicio que sea, debe recordar en todo momento quién fue quien lo llamó y para qué. El Señor será siempre la cabeza del cuerpo. Los demás, le obedecemos. Los miembros que tienen funciones ministeriales, sirven como coyunturas de enlace y unión entre los miembros. También sirven como guía direccional. A veces dan la voz de alerta, como las neuronas del sistema nervioso.

Los que dentro del cuerpo ejercen la función del pastoreo deben realizar ciertas labores especiales inherentes a su título, con relación a los demás miembros, que somos sus ovejas. ¿Qué hace un pastor por sus ovejas? (Digo, si es un buen pastor, un pastor de vocación, no uno de los pastores asalariados a los que Jesús se refirió en sus parábolas). "El buen pastor su vida da por las ovejas", dijo Jesús (Juan 10:11). *"Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa."* (Juan 10:12). El buen pastor cuida de sus ovejas, las protege de las fieras, aún a riesgo de su propia vida. Les imparte seguridad. El buen pastor busca los mejores pastos y manantiales de agua para sus ovejas para que crezcan saludables. Les lleva a lugares de reposo bajo la sombra de los árboles cuando están cansadas. Les indica el camino por el que deben andar para que no se pierdan. Con su cayado las alcanza si se han caído por un risco. Sana sus heridas. Las unge con el aceite del Espíritu Santo cuando como moscas zumbándole en los oídos, pensamientos de confusión las atormentan.

A nosotras las ovejas, la Biblia nos dice lo siguiente: *"Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es*

*provechoso.*” (Hebreos 13:17) A nosotros nos ordena sujetarnos, pero a los pastores les exige velar por nuestras almas, porque de cada uno de nosotros tendrán que darle cuentas a Dios. ¡Tremenda responsabilidad! Por otro lado, Hebreos 13:7 nos exhorta a lo siguiente: *“Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe.”* Esto es una clara indicación de que el pastor tiene el deber y la responsabilidad de conducirse conforme a la palabra de Dios que predica, para que podamos mirarle con respeto y ser imitadores de su fe.

Como miembros del cuerpo, todos tenemos funciones, deberes y responsabilidades: los ministros y los ministrados, los pastores y las ovejas. Cumplamos nuestros deberes con alegría y regocijo, en humildad y amor, en armonía unos con los otros, sometidos a la cabeza que es Cristo, para que como cuerpo podamos crecer juntos en forma saludable, *“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.* (Efesios 4:13)

## Mis pequeños huéspedes alados

(Publicado por primera vez el 22 de junio de 2003)

*“Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” (Mateo 6:26)*

A nuestra casa llegaron unos pequeños huéspedes que nadie invitó, pero que poco a poco se fueron adueñando del espacio y de nuestros corazones. El día del cumpleaños de mi madre, mi sobrino Uziel le trajo como regalo una pajarita cocatiel. Le pusimos por nombre “Mon Amie”, que quiere decir lo mismo “mi amigo” que “mi amiga” en francés, porque no sabíamos aún su género y no queríamos causarle un conflicto de identidad, aunque el conflicto lo tiene de todas formas, pero no de género, sino de especie. No sé si “Mon Amie” piensa que es humana, o que nosotras somos aves gigantes, pero ella se siente como una de nosotras.

Mi madre nunca había querido tener aves, a pesar de lo mucho que le gustan los animales, por no tenerlas en cautiverio. Siempre ha pensado que tenerlas en jaulas es como tenerlas en la cárcel. “Mon Amie”, por tanto, vive en toda la casa. Su pequeña jaula permanece abierta y ella sale y entra a su antojo. La jaula de “Mon Amie” es la casa completa. “Mon Amie” vuela de una cabeza a la otra, de un hombro a otro, se sube por nuestros pies, se nos acurruca en el cuello, da besitos a su manera y es una consentida. Es sumamente solidaria. A la hora de comer, come con nosotras. A la hora de dormir la siesta, hace lo mismo. Nadie le ha dicho que lo haga, lo hace de suyo propio. Cuando se indigna o se enoja, nos da la espalda como diciendo “no me hablen, no estoy aquí” y hasta nos pelea. Sin embargo, pide perdón rápidamente, y nos perdona con igual facilidad. De “Mon Amie” hemos aprendido mucho.

Con cuánta confianza se atreve a meter su pequeña cabecita y su frágil cuello en el hueco de mi mano, como en una cuevita, sin temor a que pueda hacerle daño. Con

cuánta alegría nos recibe cuando llegamos de la calle. Nuestro tamaño enorme, comparado al de ella, no parece asustarle. Nos provoca ternura y nos sentimos responsables de ella. Cuando la veo tan frágil y delicada, tan indefensa, pienso en la manera en que posiblemente Dios nos mira a nosotros. Con ese mismo cuidado con que la tratamos a ella, y más aún, nos trata Dios, frágiles criaturas de barro. ¡Si esa pequeña avecita se ha robado nuestro corazón de tal manera, cómo no nos robaremos nosotros el corazón de Dios, cuya capacidad para el amor y la ternura es infinitamente mayor que la nuestra! “Mon Amie” nos ha traído muchas lecciones del amor de Dios.

Pero no sólo “Mon Amie” ha llegado a nuestra casa. En el dintel de una de mis ventanas, bajo la protección de una tormentera tipo acordeón, una pareja de lo que parecen ser tortolitas (digo parecen, porque mi conocimiento de aves está en ciernes), ha construido un hermoso nido. Debo decir que fue una labor compartida. El incansable pajarito traía las ramitas para que la pajarita las acomodara a su gusto. Una vez terminada la labor, la pajarita se echó un día y allí permaneció, hasta que nacieron tres hermosos bebés. Durante el tiempo en que la pajarita estuvo echada sobre sus huevitos, el responsable padre le traía alimento todos los días. Una vez nacieron, la madre se encargó de hacer lo mismo para sus hijos. Observaba a través de las cortinas, sin que ellos se percataran, con cuánto amor trataba aquella madre a sus criaturas. Les vi crecer, les vi dar sus primeros pasos, sus primeros aletazos y sus primeros vuelos. Un día, se marcharon a otro lugar.

Pensé que al fin podría abrir la cortina, la que por respeto a la privacidad de ese santo hogar dejé cerrada durante todo ese tiempo, y creí que al fin iba a poder levantar la ventana de cristal para que entrara el aire sin que ellos se asustaran, pero me equivoqué. No sé si es la misma pareja, o es una nueva pareja de aves que decidió reparar el nido ya construido, pero una mañana les vi traer más ramitas y acomodarlas.

Al día siguiente, miré clandestinamente entre las cortinas y vi dos grandes huevitos blancos en el nido. Por la tarde, la mamá pajarita se había echado sobre ellos y allí permanece todavía, en espera del próximo nacimiento. Tal parece que aquel lugar ha

sido declarado hospital de maternidad permanente. Espero que si anuncian un huracán no haya familia alguna allí ubicada, porque necesitaría cerrar esa tormentera y con ellos allí no podría hacerlo. Espero que Dios se encargue de ello, porque me causaría mucho dolor ser la causante de que el nacimiento de unos pajaritos se malogre, o del rompimiento de un nido habitado.

¡Si todas esas consideraciones las tengo yo, siendo tan imperfecta, para con esas pequeñas avecillas, cuántas más tendrá nuestro buen Dios para con nosotros, sus hijos amados! Con razón nos dijo Jesús: *“Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?”* (Mateo 6:26)

¡Cuántas lecciones me han traído mis pequeños huéspedes alados!

## Nacieron para ser libres

(Publicado por primera vez el 29 de junio de 2003)

*“Conozco a todas las aves de los montes,  
Y todo lo que se mueve en los campos  
me pertenece.”* (Salmo 50:11)

En el escrito anterior compartía con ustedes acerca de nuestra cocatíel “Mon Amie”, la pajarita con crisis de identidad que no sabía si era ave o persona. Hoy vuelvo a hablar de ella, pero esta vez con mucha tristeza, porque ya no está con nosotros. Como su jaula era toda la casa y ella estaba acostumbrada a moverse a su antojo por todas partes, aprovechó un momento en que mi madre deslizaba la puerta del balcón para echarle agua a las plantas, y se escurrió entre sus piernas. Mi madre trató de agarrarla, pero el nuevo espacio que se abría ante “Mon Amie” era demasiado tentador. Abrió sus alas y remontó el vuelo, hasta que se le perdió de la vista a mi madre. ¡Todo sucedió tan rápido! Su identidad de ave fue más fuerte en aquel instante y escapó. Fue inevitable. Las aves nacieron para ser libres.

Mi madre y yo salimos a dar una vuelta con la esperanza de verla en algún árbol de la vecindad, pero fue en vano. Localizarla era una tarea tan difícil como buscar una aguja en un pajaral. La buscamos, no porque queríamos volver a tenerla en cautiverio, sino porque sabíamos que ella no estaba lista para sobrevivir allá afuera. Sacamos su jaulita al balcón y dejamos la puerta corrediza abierta, por si decidía regresar. “Mon Amie” usaba su jaulita sólo para dormir por la noche y a veces para comer, porque por lo general comía junto a nosotras en la mesa, en un platito especial que le habíamos provisto. Según fue cayendo la noche, comencé a preocuparme. ¿Dónde estará? ¿Qué comerá? ¿Dónde se refugiará de la lluvia? ¿Dónde dormirá? Ella no está acostumbrada a vivir sola. Es muy gregaria. Todas esas inquietudes me causaron gran congoja, aparte de que la extraño. Nos acostumbramos tanto a su presencia, a sus juegos, a sus cariños, a sus ocurrencias... En sólo seis meses, nos robó el corazón.

Me he sentido muy triste y he llorado mucho. Mi madre también. Jamás pensé que se pudiera querer tanto a una criaturita tan pequeña. Imagino el sufrimiento y la angustia de aquellos que tienen un familiar desaparecido, sin saber si está vivo o muerto, si está sano o enfermo, si es feliz o si está sufriendo. Sólo Dios puede traer paz y consuelo a un corazón en tales circunstancias.

La partida de “Mon Amie” me ha hecho reflexionar. He pensado en el amor de Dios. Si una avecilla tan pequeña puede provocar en nosotros tanto amor, tanta ternura, tantos deseos de protegerla, ¿cuánto más amor y ternura sentirá Dios por nosotros? “¿No valéis vosotros mucho más que las aves?”, dijo Jesús (Lucas 12:24). Por otro lado, he pensado en la fugacidad de la vida y de todas las cosas. Todo en este lado de la existencia es pasajero. Hoy tenemos algo, mañana se nos va, como ave que remonta el vuelo. Lo único que permanece para siempre es el amor, porque “*el amor nunca deja de ser*” (1 Corintios 13:8), y la palabra de Dios, como bien dijo Jesús: “*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.*” (Marcos 13:31). No debemos aferrarnos a nada, sino a Dios, porque todo es pasajero. No quiere esto decir que nos hagamos insensibles, ni que cerremos las puertas al amor y al afecto, sino que amemos de todo corazón, pero conscientes de que en algún momento llegará el tiempo de la partida. Amemos, mientras esté con nosotros el ser amado y demostrémosle ese amor. Amemos y disfrutemos los momentos compartidos, para que sean atesorados en la memoria cuando ya no estén.

El vuelo de “Mon Amie” me ha hecho reflexionar también en torno a la libertad. Ser libre es maravilloso, pero tiene sus riesgos. Sin duda alguna, “Mon Amie” encontró su libertad, pero estaba más protegida y segura cuando vivía con nosotras, porque ella nació y se crió en cautiverio. Desde muy pequeña fue apartada de su madre y comenzó a vivir entre seres humanos, llegando a creerse una de nosotras. Ella nunca había visto otra ave más que en la televisión (sí, porque ella veía televisión), en el espejo y en el reflejo del horno micro-hondas. Cuando salíamos, se entretenía jugando y hablando con la pajarita que veía allí reflejada y hasta quería compartir con ella su comida, sólo que nunca le fue aceptada. “Mon Amie” vivía feliz en nuestra casa. Sin embargo,

cuando se vio sin paredes ni limitaciones, echó a volar por puro instinto, sin mirar atrás. Posiblemente haya volado tan rápido y tan lejos, que no encuentre el camino de retorno, aunque quiera hacerlo. Estará desorientada y perdida. Se encontrará a la intemperie y sola. Tendrá que aprender a buscar agua y comida, tendrá que aprender a sobrevivir en un ambiente hostil y peligroso. Sólo de pensarlo, me provoca llanto, porque sé que es muy frágil e indefensa. Sin embargo, me consuela el saber que es también criatura de Dios y que Dios se ocupará de ella. El Salmo 50:11 nos dice *“Conozco a todas las aves de los montes, Y todo lo que se mueve en los campos me pertenece.”* (Salmo 50:11). Si “Mon Amie” le pertenece a Dios y Él la conoce, Él sabe dónde está y lo que necesita. Le he pedido a Dios que si no va a saber sobrevivir sola, le muestre el camino de regreso a casa y si no, que Él se ocupe de ella, para que encuentre un lugar donde dormir y estar protegida, comida y la compañía de personas que la amen y la cuiden como lo hicimos nosotras, o de otras aves que le den la bienvenida a su bandada.

## Todo al instante

(Publicado por primera vez el 6 de julio de 2003)

*“Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.”*

(Lucas 21:19)

¿Se ha fijado usted que la gente de nuestro tiempo lo quiere todo al instante? Hay café instantáneo, avena instantánea, jugos instantáneos, comidas instantáneas de todas clases. Depositamos una moneda y obtenemos agua, refrescos, chocolate, dulces al instante. Queremos gratificaciones inmediatas. La prisa con que se vive obliga a la gente a hacerlo todo rápidamente. No tenemos tiempo para nada.

El problema está en que nos hemos acostumbrado tanto a recibir las cosas al instante que ya no sabemos esperar. No podemos esperar al día de la boda para consumir nuestra intimidad sexual. No podemos esperar en el tapón y nos salimos del carril, aunque vayamos en contra del tránsito. Como no sabemos esperar, nos colamos en las filas. Desespero, desespero, desespero... No queremos estudiar carreras largas, no queremos noviazgos largos, no queremos hacer nada que nos tome demasiado tiempo.

No sólo queremos las cosas al instante, sino que esperamos que la respuesta a la oración sea también al instante. Oramos exigiéndole a Dios que “ahora mismo” suceda tal o cual cosa. Si no sucede así, nos enojamos con Dios, se enfría nuestra fe, nos confundimos, dejamos de creer. Pensamos que Dios es algo así como una maquinita a la que en lugar de monedas se le echan peticiones y al instante obtenemos respuesta. Más que milagros, esperamos actos mágicos en los que yo digo y es hecho, al instante. No sabemos esperar ni siquiera en Dios. Nos olvidamos del Salmo 42:5 que nos dice: *“¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío.”* Nos olvidamos de Lamentaciones 3:24-26: *“Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré. Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que le busca. Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová.”*

A veces, algún hermano nos trae un mensaje profético de parte de Dios y como no sabemos esperar, tratamos de hacer cumplir la profecía nosotros mismos, adelantándonos al plan de Dios y lo echamos todo a perder. Se nos olvida que algo similar hizo Abraham, instado por su esposa Sara y 5,000 años después seguimos sufriendo las consecuencias. En Hebreos 10: 35-36 se nos exhorta: *“No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.”* Incluso hay quienes han dejado de proclamar la segunda venida de Cristo, porque hace siglos se viene anunciando y no acaba de llegar, olvidando que *“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.”* (2 Pedro 3:9).

La paciencia es fruto del Espíritu Santo y es una de las características del Señor. Por eso, en 2 Tesalonicenses 3:5 se nos dice: *“Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo.”* Si queremos ser como Cristo, debemos imitar su paciencia, entre otras virtudes.

Cuando más difícil se nos hace esperar es cuando nos llega el momento del dolor, la hora de la crisis. Queremos soluciones rápidas y como no sucede así, nos desesperamos. Capitalizan con esto aquellos que se anuncian con el lema engañoso: “pare de sufrir”. El sufrimiento nos llega a todos, no una, sino múltiples veces en la vida.

Son esos momentos de dificultad y tribulación los que ponen a prueba nuestro carácter cristiano. Por eso, Santiago nos exhorta: *“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.”* (Santiago 1:2-4).

Esperemos en el Señor, hermanos. No desmayemos. Recordemos *“que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza”*. (Romanos 5:2-3) El Señor está más interesado en la formación de nuestro carácter cristiano que en concedernos todo lo que se nos antoje pedir. Nos es obteniendo las cosas al instante que seremos mejores cristianos, sino a través de la tribulación que pone a prueba nuestra fe, la cual produce en nosotros paciencia y es con paciencia que ganaremos nuestras almas. (Lucas 21:19)

## **Mi reino no es de este mundo**

(Publicado por primera vez el 3 de agosto de 20013)

*“Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.” (Juan 18:36)*

¿Se ha percatado usted de que en el reino de Dios las cosas son al revés de cómo las hacemos nosotros? En nuestro sistema de hacer las cosas, la gente importante es la que ocupa los primeros asientos en las reuniones y asambleas, la que sube a las tarimas para saludar, ser reconocida y aplaudida por todos. Son los que disfrutan de mayores privilegios. Viajan en primera clase, reciben trato especial como “Very Important People” y en donde quiera que van la gente se desvive por atenderles. Si alguien no los reconoce y los trata como a cualquier otro, se sienten ofendidos. Sin embargo, en el reino de Dios, las cosas son diferentes.

En una de las ocasiones en las que los discípulos de Jesús discutían acerca de cuál de ellos sería el mayor, Jesús les respondió: *“Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos.”* (Marcos 9: 35). O sea, que los primeros en el reino de Dios serán los que están dispuestos a ocupar las últimas posiciones, a ceder su lugar si es preciso, a esperar en las filas sin colarse. Son los que saben perder (porque a veces hay que estar dispuesto a perder para poder ganar). Son los que prefieren servir a ser servidos. Por eso, en otra ocasión en la que los discípulos discutían por el mismo motivo, Jesús les dijo: *“Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve.”* (Lucas 22:24-26). ¡Cuán distinto a la manera de gobernar y supervisar de la mayoría de los líderes y administradores de las naciones, de las empresas y las instituciones! Según el reino de Dios, el mejor líder es el que más sirve, no el que más manda. En el reino de Dios, los que tienen posiciones de “seniority” o de

antigüedad en un empleo, no deben abusar de ello para ir por encima de los demás injustamente, ni mirar por encima del hombro a los más jóvenes como que no saben nada. En el reino de Dios *“el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande.”* (Lucas 9:48). Cuán distinto a lo que vemos a diario, ¿verdad?

Los sabios de este mundo no entienden las cosas del reino de Dios, sino los niños. ¿Se ha dado cuenta usted de que a los que más trabajo les cuesta creer en Dios es a las personas muy intelectuales? A veces se vuelven tan complicados que se les escapan las cosas más simples y sencillas. ¡Son tantos los intelectuales que son infelices, porque les falta lo más importante! Reconociendo esta realidad, Jesús oró una vez así: *“Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños.”* (Lucas 10:21). Y es que las cosas del reino de Dios son al revés (o mejor dicho, las de nuestro mundo son las que son al revés).

El apóstol Pablo escribió: *“lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia.”* (1 Corintios 1:27-29). ¡Gloria a Dios por ello, porque si no, yo misma no podría estar escribiendo estas líneas! Gracias a que Dios escogió lo necio, lo débil, lo vil y lo menospreciado, es que usted y yo estamos hoy sirviéndole, y ya no somos los que éramos. No es porque tengamos méritos especiales, sino para que toda la gloria sea siempre suya y nunca nuestra, porque en el reino de Dios, *“cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.”* (Lucas 18:14)

En este mundo se nos enseña a pelear, a odiar, a tomar venganza, a devolver el golpe con otro mayor, a insultar al que nos ofende, a matar o dañar al enemigo. Sin embargo, Jesús enseña otra cosa: *“Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la*

*túnica le niegues. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva.” (Lucas 6:27-30).*

No es fácil, ¿verdad? Jamás lo podremos lograr, a menos que hayamos nacido de nuevo en Cristo Jesús (requisito para poder ver el reino de Dios según Juan 3:3) y que el resto de nuestra vida la vivamos crucificados en Él. Entonces podremos decir como Pablo: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.”* (Gálatas 2:20). Una vez muertos a nuestra vieja naturaleza de pecado, una vez crucificada nuestra carne con sus pasiones y deseos, como corresponde a los que somos de Cristo, según Gálatas 5:24, podremos vivir en este mundo como ciudadanos del reino de los cielos, aunque no nos entiendan, aunque nos tengan por locos. De todas formas, el reino de Dios es el modelo a seguir. El mundo es el que está al revés.

## Los atributos de Dios

(Publicado por primera vez el 10 de agosto de 2003)

*“Desde el principio tú fundaste la tierra,*

*Y los cielos son obra de tus manos.*

*Ellos perecerán, mas tú permanecerás;”*

Salmo 102:25-26)

Cuando miramos hacia atrás y examinamos las aportaciones que las grandes civilizaciones antiguas nos legaron, descubrimos que tenemos mucho de Mesopotamia, de Grecia, de Roma, de los árabes y de naciones africanas. De Mesopotamia heredamos las primeras leyes escritas que tuvo la humanidad; la rueda, el cristal, el primer sistema de escritura; las edificaciones en ladrillo y lozas; el arco, las torres, los azulejos; conocimientos astronómicos y matemáticos; los signos del zodiaco y la astrología. De Grecia heredamos vocablos, modelos artísticos y literarios; elementos arquitectónicos; los juegos olímpicos; la tragedia y la comedia; el concepto democracia; el juramento de Hipócrates que hacen los médicos cuando se inician en su profesión; el teorema de Pitágoras y otros conocimientos matemáticos; el pensamiento de grandes filósofos; y la mitología, entre otros. De Roma heredamos el derecho y las leyes; conceptos y modelos políticos; el idioma que surge del latín; la estructura de gobierno y estilos litúrgicos de la Iglesia Católica con sede en el Vaticano; los números romanos y la idea de formar un sólo mundo, con una sola ciudadanía, bajo un gobierno común. De los árabes tenemos los números arábigos, incluyendo el concepto del cero; palabras como alfombra y almohada; y elementos arquitectónicos, literarios y musicales. De las naciones africanas heredamos palabras; instrumentos y ritmos musicales; comidas, y el gusto por los colores brillantes y llamativos. Diríamos que nuestra cultura se ha formado de elementos de todas esas civilizaciones.

Sin embargo, es de la civilización hebrea que heredamos lo más importante: la idea de Dios. Los hebreos no dejaron grandes edificios, porque la mayor parte de su historia la vivieron expatriados. Tampoco aportaron grandes conocimientos astronómicos y

matemáticos, como los egipcios y mesopotámicos. No dejaron grandes obras de arte como los griegos, ni nos dejaron documentos legales como los romanos. La mayor aportación del pueblo hebreo a la humanidad está en el ámbito de la fe. El pueblo hebreo introduce en la historia el concepto de un solo Dios verdadero. Aunque hubo otros intentos monoteístas, como fue el caso del faraón Amenofis IV, quien prohibió la adoración de los muchos dioses y obligó al pueblo a adorar un solo dios, éste no era otro que el dios Sol, una simple criatura del Dios verdadero. Amenofis estuvo cerca de la verdad, pero no llegó a tener la revelación completa.

En cambio, el pueblo hebreo presenta al mundo la revelación de un solo Dios verdadero y único, quien es eterno, creador del universo, todo poderoso, omnipresente, omnipotente, pero que se relaciona de manera individual y personal con la gente. Es el Dios que interviene en la historia y dirige los destinos de la humanidad. Es el Dios que nos conoce y se preocupa por nosotros. Es el Dios que nos mira como sus especiales criaturas y nos trata como sus hijos. Es un Dios santo y perfecto, que ama la justicia, la rectitud y la verdad. Cuán distinto a los imperfectos dioses griegos, quienes eran infieles, vengativos, rencorosos... muy parecidos a nosotros mismos.

En el Salmo 102:25-26 se nos presenta al Dios eterno y creador: *“Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás.”* El Salmo 139:2-4 nos habla del Dios omnisciente, el Dios que todo lo sabe: *“Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.”* Su omnipresencia se nos revela en los versículos 7 y 8 del mismo salmo: *“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás.”* En Génesis 1:1 se nos presenta al Dios creador: *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.* El Salmo 139:12 y 16 nos habla del Dios que nos formó a ti y a mí con un propósito definido: *“Porque tú formaste mis entrañas; Tú me hiciste en el vientre de mi madre... Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego*

*formadas, sin faltar una de ellas.” El Dios justo y misericordioso se nos presenta en el Salmo 145:17-18: “Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras. Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras.”*

Nuestro Dios es así. Damos gloria a Dios por habersele revelado al pueblo de Israel y porque muy a pesar del caminar ambivalente de este pueblo en su relación con Dios a lo largo de la historia, nos dejaron, a través de las Escrituras, el conocimiento del Dios revelado. Tal conocimiento culminó con la revelación máxima de la Palabra encarnada en Cristo Jesús, quien vino para unir en El a toda la humanidad: griegos, judíos, romanos, árabes, babilónicos, boricuas, africanos. En Él y a través de Él, podemos alcanzar el conocimiento del único Dios verdadero, originalmente revelado sólo a los hebreos. ¡Damos gloria a Dios por tal revelación!

## El banquete y el funeral

(Publicado por primera vez el 31 de agosto de 2003)

*“Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete.”*

(Eclesiastés 7:2)

A la mayoría de las personas nos encanta fiestear, sobre todo a los boricuas y caribeños. Donde sea el jolgorio, allá vamos a parar. Esto incluye a los cristianos. Por lo general, los cristianos evangélicos, no ingerimos bebidas alcohólicas, ni asistimos a bailes y discotecas, pero nos fascina comer. ¿Se ha dado usted cuenta de ello? ¡Qué mucho comemos los evangélicos! Si pudiéramos, nos pasaríamos de comelata en comelata, de banquete en banquete. Sin embargo, el Rey Salomón, en una de sus disquisiciones filosóficas opina que *“mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete”*. (Eclesiastés 7:2)

¡Qué manera de pensar más extraña!, se dirá usted. ¿Quién va a preferir ir a un funeral que a una buena cena? Es que Salomón no habla de “mejor” en el sentido de preferencia, ni de lo que más nos gusta, sino en el sentido de lo que es más razonable, de lo que es más excelente, más sabio, más prudente, de lo que conviene más, porque es mejor para nosotros (valga la redundancia). El pensamiento completo de Salomón es: *“Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón.”*

Salomón sabía que en las fiestas y banquetes, nadie quiere oír hablar de cosas profundas. Si alguno se torna muy filosófico, se le van del lado. Las fiestas son para divertirse, para olvidar problemas, para escapar un rato de las duras realidades del diario vivir y de nuestras circunstancias particulares. Las fiestas son para reír y hablar de cosas triviales. Normalmente, nadie se reconcilia con Cristo en una fiesta (aunque ha sucedido, porque el creyente verdadero está pendiente de cualquier momento oportuno para tirar el anzuelo y pescar). A las fiestas no se va a meditar acerca del

sentido de la vida, ni del destino eterno del ser humano. A las fiestas se va a lo que la gente llama “pasarla bien”.

¿Quién se va a poner a pensar en la muerte en una fiesta? A los seres humanos no nos gusta pensar en la muerte. La mera mención de la palabra incomoda a muchos, a otros les asusta, aunque todos tendremos que pasar por ella (a menos que Cristo regrese antes y nos vayamos en el rapto de la iglesia).

Todos en un momento u otro, tendremos que enfrentar la muerte de un ser querido. Tan cierto es, como que estamos vivos. Cuando al fin sucede, nos vemos obligados a pensar en la fugacidad de la vida y en la inmediatez de la muerte. Es a esta realidad a la que se refería Salomón cuando escribió *que “aquellos es el fin de todos los hombres”* y el asistir a un funeral o a una casa en la que hay luto, nos hace reflexionar al respecto, trayéndonos esta realidad al corazón. Por eso, los servicios funerales o memoriales son el mejor momento para sembrar la semilla de fe y de esperanza, para compartir el mensaje de salvación con aquellos familiares y amigos de la persona fallecida que posiblemente no estarían dispuestos a escucharlo en otras circunstancias.

El que más y el que menos, ante la realidad de la muerte, se detiene a meditar. No es en la fiesta que reflexionamos acerca de cómo estamos viviendo y pasamos revista de nuestras acciones (aunque cuando el Espíritu Santo está tratando con una vida, lo redarguye aún en medio del jolgorio, como me ocurrió una vez a mí en una discoteca hace muchos años, pero no es lo común). No es la risa la que torna nuestra mirada hacia adentro para analizarnos. Por eso, Salomón nos dice que “Mejor es el pesar que la risa; porque con la tristeza del rostro se enmendará el corazón.” (Eclesiastés 7:3). No es que Salomón fuera masoquista y le gustara sufrir. Es que él sabía que cuando la tristeza llega a nuestra vida, aún los más duros corazones se ablandan, y el que caminaba torcido tiende a enderezarse. ¿Cuántos hijos rebeldes no se han reconciliado con Cristo en el momento de la muerte de uno de sus padres? ¿Cuántos padres no han venido a arrepentimiento profundo ante el dolor de la partida de un hijo? Los que hemos pasado por el luto y la tristeza de la muerte de un ser

querido, entendemos cómo cambia la vida de los que quedamos, en un segundo. Comenzamos a ver la vida de forma diferente, a poner en su justa perspectiva todas las cosas, a darle importancia a lo que verdaderamente la tiene, a valorar más la vida, a no temerle a la muerte, a desear andar más de cerca con Dios. Por eso, Salomón escribe que *“El corazón de los sabios está en la casa del luto; mas el corazón de los insensatos, en la casa en que hay alegría.”* (Eclesiastés 7:4).

En lo uno y en lo otro, en el luto y en la fiesta, reconozcamos que nuestro paso por la tierra es pasajero, para que vivamos sabia y prudentemente. Lo mejor está por venir (y no es un lema político).

## **Todas las cosas obran para bien**

(Publicado por primera vez el 28 de septiembre de 2003)

*“Sabemos que a los que aman a Dios,  
todas las cosas les ayudan a bien...”*

(Romanos 8:28)

Cuando visité España por primera vez, fui con un grupo de hermanas en la fe de distintas denominaciones y países, en un viaje evangelístico. Subimos al Sacro Monte en Granada, lugar en el que habitan cientos de familias gitanas en cuevas hermosamente decoradas. Una tarde, mientras caminábamos por una de las encrucijadas, una gitana bajó corriendo por uno de los angostos y polvorientos caminos y se dirigió a una de nosotras. La gitana le dijo a esta hermana en la fe: “Déjame que te lea la ‘parma’ de la mano”. Claro, esperaba cobrar algo por su trabajo. La hermana le respondió: “Deja que te la lea yo.” La gitana pensó que se trataba de una broma y sonrió ante la ocurrencia de la atrevida turista. La hermana en la fe tomó la mano de la gitana y comenzó a decirle: “Este es el monte de venus.” Eso fue suficiente para que la gitana abriera los ojos y prestara atención. Evidentemente aquella turista conocía algo del asunto. “Esta es la línea de la vida.”- continuó la turista - “Vas a tener un accidente”. La gitana soltó la mano asustada, y dijo “Josú” (queriendo decir “Jesús”). La turista le explicó que un accidente no tenía que ser algo malo, un accidente podía ser aquel encuentro entre ellas. Eso la tranquilizó y le devolvió su mano para que continuara con la lectura. La turista cristiana prosiguió: “En la línea de la vida veo una encrucijada. Si sigues por este camino, encontrarás la muerte. Si vas por este otro, hallarás la vida.” La gitana se asustó nuevamente y se mantuvo muy atenta a las palabras de aquella extraña mujer. La turista le explicó el plan de salvación completo a la gitana, utilizando las líneas de su propia mano, en un lenguaje sencillo, con unos términos que ella comprendía muy bien.

La gitana quedó tan impactada que nos invitó a dar un culto en su cueva al día siguiente. Invitó a todos los gitanos de la vecindad. La reunión se hizo afuera, a la

entrada de su cueva, porque era tanto el gentío que no cabíamos dentro. Cantamos coritos al compás de la guitarra, mandolina y panderos; compartimos testimonios y predicamos el mensaje de salvación. Muchos aceptaron a Cristo como Salvador de sus vidas. Otros pidieron oración por sus dolencias. Era conmovedor ver aquellos varoniles rostros de gitanos con tatuajes y cicatrices, embargados de lágrimas, sintiendo la presencia del Señor en sus vidas. La experiencia permanece imborrable en mi memoria.

Mi amiga y hermana en la fe había practicado el ocultismo antes de conocer a Cristo. Había aprendido a leer la mano, entre otras cosas. Ahora era nueva criatura en Cristo Jesús. Sin embargo, aquel conocimiento, que pudo haber sido para su maldición en otro tiempo, le sirvió aquella tarde en el Sacro Monte como herramienta para conducir, no sólo a una gitana, sino a muchos, al conocimiento de Cristo. ¡Oh, magnífica misericordia de Dios! ¡Cuán sabio es! Se había cumplido una vez más el versículo que dice *“a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”* (Romanos 8:28).

A veces parafraseamos, simplificamos y reducimos este versículo a: *“Todo obra para bien”*, como queriendo justificar nuestras acciones, asumiendo que Dios nos sacará del enredo y a la larga todo nos saldrá bien. Esto es sólo parcialmente cierto. Si observamos bien, el versículo se refiere *“a los que aman a Dios”*, no a cualquier persona. Dios conoce muy bien los pensamientos y las intenciones de nuestros corazones. Él sabe quiénes en verdad le aman. Es a estos a los que *“todas las cosas les ayudan a bien”*. Son estos los que han sido llamados por Dios con un propósito (el propósito principal es salvarles, claro está, pero también que compartan con otros el evangelio).

Cuando usted y yo amamos de verdad al Señor y nos sabemos llamados por Él, todas las cosas nos ayudan a bien, aún nuestras experiencias pasadas, nuestros dolores, nuestras pérdidas, nuestras debilidades, nuestros fracasos. Dios las convierte en bendición para nosotros mismos y para los demás, cuando usted y yo comenzamos a

vivir conforme al propósito que Él tiene para nuestras vidas. Es por eso que las dolorosas y vergonzosas experiencias de nuestro pasado nos capacitan para ayudar a otros en similares circunstancias. Es por eso que ante la pérdida de un ser querido, nos podemos levantar a consolar a otros, con la misma consolación con que fuimos consolados. Es por eso que ante la adversidad, nos hacemos más sensibles al dolor ajeno. Es por eso que cuando Satanás pone tropiezos para hacernos caer, nos levantamos todavía más fuertes, para declararle con más tesón la guerra. Satanás pierde su tiempo con los que verdaderamente amamos a Dios, porque no importa lo que suceda en nuestras vidas, terminamos amando a Dios todavía más, le alabamos en medio de toda circunstancia por difícil que ésta sea y en el peor de los casos, recibimos una edificante lección que nos ayudará a no volver a cometer los mismos errores. De una manera u otra, *“a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien.”*. ¡Gloria a Dios por ello!

## Os he llamado amigos

(Publicado por primera vez el 5 de octubre de 2003)

*“Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer.” (Juan 15:14)*

Uno de los principales problemas que aquejan a la humanidad es la soledad, no la soledad física, pues nos hayamos rodeados de gente, sino la soledad existencial. No hay peor soledad que la soledad entre la gente. Nuestras vidas agitadas se han convertido en rutina, a costa de hacer siempre las mismas cosas y luchar contra el tiempo. Nos levantamos sin haber dormido lo suficiente, para emprender la carrera loca de repartir niños a las escuelas, a veces sin desayunar, para luego de unas horas de congestión de tráfico llegar en el último minuto a nuestro trabajo. Allí también nos enfrascamos en nuestras tareas sin dedicar ni una sonrisa al que nos pasa por el lado y en medio de nuestra ofuscación, sin querer, herimos. Regresamos al hogar al final del día, después de unas cuantas paradas para buscar la ropa que algún día dejamos en la lavandería y que ya habíamos olvidado, comprar comida en el supermercado y recoger los niños, para entonces ayudarles a hacer las tareas, cocinar y hacer mil trabajos más. No tenemos tiempo para nada.

El acelerado ritmo de vida, el consumismo, y otras tendencias crecientes en nuestra sociedad han impactado nuestras vidas de muchas maneras. Una de ellas es la soledad. Nos hemos ido materializando, nos hemos ido endureciendo, nos hemos ido quedando solos. Antoine de Saint-Exupery escribió en su libro El Principito: “Los hombres ya no tienen tiempo para conocer nada; compran las cosas ya hechas a los comerciantes; pero como no existe ningún comerciante de amigos, los hombres ya no tienen amigos.”

Es posible que usted se sienta así. Es posible que en medio del agitado ir y venir usted se sienta rodeado de gente, pero solo. Si este es su caso, queremos presentarle hoy al mejor amigo que pueda existir, el único amigo que no falla. Se llama Jesucristo. Jesús es la encarnación del amor de Dios, la manifestación máxima de Su amor por cada uno de nosotros. Fue Él quien expresó: *“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.”* (Juan 15:13). ¿Ha tenido usted alguien que le haya amado de esa manera? Posiblemente, lo más cercano a un amor así haya sido el amor del padre o de la madre, por lo general, dispuestos a dar la vida por sus hijos (digo por lo general, porque hay padres y madres que tampoco saben amar así). Jesús le ama a usted de tal manera. La Biblia nos dice en Juan 3:16: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”* Jesús fue a la cruz por usted y por mí, y lo hizo por amor. ¿Qué mayor amor que ese?

Jesús dijo en una ocasión a sus discípulos: *“Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer.”* (Juan 15:14) ¡Jesús nos llama amigos a nosotros también, porque usted y yo también somos llamados a seguir sus enseñanzas! *“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros”* (Juan 15:16), nos dice Jesús. *“¡Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero.”* (1 Juan 4:19).

Mahatma Gandhi expresó: "Si un solo hombre consiguiese vivir alguna vez la más elevada forma de amor, ello bastaría para neutralizar el odio de millones de otros hombres." Hubo quien lo hizo, Jesús de Nazareth. El más grande gesto de amor lo manifestó en la cruz. Si Jesús mismo, el Dios encarnado, nos amó de tal manera y valora de tal forma la amistad, lo menos que podemos hacer nosotros es tratar de imitarle en algo. Amemos a nuestros amigos (aún a nuestros enemigos, como El enseñó también). Repartamos alegría, paz, afecto del bueno. Sembremos semillas de amor. Atrevámonos a Amar. El Apóstol Juan escribió: *"En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor"* (1 Juan 4:18).

Expresemos ese amor en pequeños gestos diarios, sin esperar ocasiones especiales. Todos los días son días del amor y la amistad. Hagámonos de amigos. No tengamos miedo al amor. La verdadera amistad puede llegar a alcanzar esa elevada forma de amor de la que habló Gandhi, sobre todo, cuando es el amor de Cristo el que fluye a través de nosotros. Una pequeña llama puede alumbrar en medio de las tinieblas. Tal vez el odio, la soledad, la incompreensión y la violencia cedan ante el poder del infinito amor de Dios manifestado en nosotros. Saquemos tiempo para amar y abramos nuestro corazón al amor de Dios, el perfecto amigo.

## Unos años después

(Publicado por primera vez el 12 de octubre de 2003)

*“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.”* (Mateo 5:4)

A veces, las cosas que Jesús decía parecían extrañas y contradictorias, completamente opuestas a lo que estamos acostumbrados a ver y oír en este mundo. ¿Qué mayor contradicción que “felices los que lloran?”. En la tristeza no hay felicidad alguna. No puede haber felicidad en un momento de dolor y de angustia, pero cuánto alivio al corazón quebrantado trae el oportuno consuelo de Dios. Sólo el que lo ha vivido lo puede entender, sólo el que ha sido consolado por Dios lo puede testificar. Es entonces que cobran sentido las palabras del Maestro: *“Bienaventurados (felices) los que lloran, porque ellos recibirán consolación.”* (Mateo 5:4) La felicidad inmensa de la consolación está reservada sólo para los que lloran. ¿Cómo vamos a entender lo que vale la consolación si no somos consolados y cómo vamos a ser consolados si no hemos estado tristes?

Hace varios años, partió con el Señor uno de mis hermanos menores. Ya había partido con el Señor mi padre, mis abuelos, y varios de mis tíos. La partida de un ser querido siempre causa profunda tristeza. Sin embargo, en medio del dolor y de la angustia, el maravilloso consuelo de Dios se hace real en nuestras vidas, consuelo que no podemos entender, ni siquiera imaginar, hasta que lo vivimos. Lo más extraordinario de todo es que esa misma experiencia del llanto y del consuelo de Dios, nos sensibiliza ante el dolor de los demás y nos capacita para brindarles el mismo consuelo que de Dios recibimos. Podemos decir entonces, como Pablo: *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios.”* (2 Corintios 1:3-4).

Jamás olvido el momento en que mi madre, mi cuñada y yo fuimos a Medicina Forense para firmar unos papeles. Una madre lloraba desesperadamente al enterarse de que un hijo suyo había muerto. ¡Mi madre pudo abrazarla, conversar con ella y darle palabras de consuelo, cuando ella misma acababa de perder un hijo cuyo cuerpo aún estaba allí!

Luego, durante cada uno de los servicios fúnebres que se realizaron, pude dirigirme a la gente que nos acompañaba, en completa paz. Al día siguiente del sepelio de mi hermano, mi madre y yo pudimos asistir a la iglesia, fortalecidas por el Señor. A las dos semanas, asistimos en una misma noche a dos funerarias (una de ellas, en la misma que el cadáver de mi hermano había estado expuesto) para dar consuelo a unos queridos amigos que habían perdido un padre y una hija, respectivamente. En una de las funerarias me tocó hablar. En esos mismos días, asistimos a una tercera funeraria, esta vez acompañados de mi sobrino de doce años, cuyo padre acababa de fallecer, quien voluntariamente quiso acompañarnos. Tengo grabada la expresión de su rostro mientras absorbía como una esponja las palabras de consuelo que el Señor ponía en mis labios, asintiendo con su cabeza a todo lo que yo decía, testimoniando que él también estaba siendo sostenido por el poder, la paz y el consuelo de Dios. Sólo el poder de Dios y Su consuelo sobrenatural hacen posible estas cosas.

Y es que para eso vino Cristo: *“a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado”* (Isaías 61:2-3). Los que lo hemos vivido, aseguramos que esa promesa se cumple. Su poder es real.

A todos nos aguardan momentos de dolor y de angustia mientras estemos vivos, mas en Cristo hallaremos paz. Jesús mismo lo advirtió: *“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.”* (Juan 16:33). Cuando el dolor llega a nuestra vida, sentimos por momentos que no podremos resistir. El dolor nos rompe el alma. No somos de piedra. Pero el poder consolador de Dios se manifiesta en nuestra vida, nos sostiene y nos levanta, a fin de que demos de gracia lo que de gracia recibimos de Él (Mateo 10:8).

Por tanto, no temamos sufrir, no tengamos miedo a los momentos de dolor, Dios se encargará de consolarnos: *“Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación.”* (2 Corintios 1:5-6) Los que lo hemos vivido, lo testificamos.

## Banquete de colores

(Publicado por primera vez el 26 de octubre de 2003)

*“Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno.”* (Génesis 1:12)

Recientemente estuve con mi madre visitando a uno de mis hermanos que se acaba de mudar junto a su familia para Massachussets. La visita fue breve, ya que tenía que regresar a trabajar. Sin embargo, esos pocos días me sirvieron tanto para meditar en las maravillas de la creación, en la grandeza de Dios y en su amor para con nosotros.

La casa de mi hermano se encuentra en una región que yo describiría como un gran bosque habitado. Son tantos los árboles que a veces las casas no se ven. Se respiraba una gran paz. Era un ambiente propicio para el retiro, para el reposo, para disfrutar de la sublime presencia del Señor escuchando en el silencio su dulce voz. Donde quiera que mirábamos, nuestros ojos se deleitaban en los colores otoñales. Todo era una explosión de colores intensos y brillantes: amarillo, anaranjado, rojo, violeta, verde, contrastando con un cielo azul nubes. El río reflejaba los colores y parecía un arco iris en el agua. En las mañanas frías, la niebla se colaba entre los árboles y era hermoso el paisaje. Era inevitable la contemplación.

Siempre he sido amante de la naturaleza, no para adorarla, como hacen las religiones panteístas, sino para adorar al Creador de la misma. Es que la creación entera es para mí la más extraordinaria obra de arte que pueda existir. Dios es el artista supremo. La variedad de formas, texturas y colores es infinita. La armonía, el balance, los contrastes, completan el majestuoso cuadro que nunca es estático. Mis ojos se abrían queriendo absorberlo todo, intentando capturar cada paisaje para grabarlo en la memoria, por su hermosura. Era demasiada la emoción. Me provocaba llanto, alabanza, acción de gracias. No sé cómo puede haber quien dude todavía de la

existencia de un Dios creador, *“porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”*, como dice Romanos 1:20. El libro de Génesis 1:12 nos explica que *“dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así. Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno”*. Definitivamente bueno, muy bueno, y además, hermoso.

El observar los árboles en sus distintas etapas, desde los más verdes hasta los que ya habían perdido la mayoría de sus hojas, me permitió ver la belleza en cada uno de ellos. Es que en cada etapa de la vida hay hermosura. Los lugares en los que las estaciones del año son más marcadas nos permiten apreciar esto mejor. El ver cómo el viento desprendía las hojas y dejaba desnudas las ramas en algunos de los árboles, me hizo reflexionar en torno a la vida y sus ciclos. Los hermosos árboles continuarán cambiando de colores durante el resto del otoño. Luego, sus hojas comenzarán a caer una por una, hasta quedar desnudos. En la primavera, hojas verdes volverán a cubrirlos a todos, casi simultáneamente, como si se pusieran de acuerdo y de esa misma manera, brotarán flores. El ciclo se repite una y otra vez en perfecta armonía, en perfecto acuerdo. ¿Se ha preguntado alguna vez quién le dice a los árboles cuándo tienen que florecer? ¿Lo ha visto en los flamboyanes de nuestra isla, que florecen todos a la vez durante el verano? ¿No es eso una palpable evidencia de la existencia de un Dios que rige los ciclos de la vida y gobierna sobre toda la creación?

Medité también en la existencia humana, en nuestra fragilidad. Así como la hoja que cae llevada por el viento, caeremos algún día cada uno de nosotros. Nuestros cuerpos también obedecen a los ciclos naturales de la vida. Como criaturas mortales que somos, nuestros cuerpos están sujetos también a corrupción. Pero hay una gloriosa esperanza para nosotros y para toda la creación: *“Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.”*

(Romanos 8:21). Un día seremos transformados. “*Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción*”, dice 1 Corintios 15:42. “*Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual.*” (1 Corintios 15:44). “*Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.*” (1 Corintios 15:53-54) ¡Aleluya!

“*¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!*” (Salmo 8:9)  
¡Usas tu propia creación para hablarnos de tu grandeza!

## **Despojémonos de todo peso**

(Publicado por primera vez el 16 de noviembre de 2003)

*“...despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante...”* (Hebreos 12:1)

Durante las olimpiadas originales celebradas en las antiguas ciudades griegas, los maratonistas corrían desnudos para no enredarse con la tela de las túnicas y para estar más livianos. Los atletas de hoy no corren desnudos, pero utilizan muy poca ropa. Los zapatos del corredor son livianos y flexibles. Muchos de ellos se cortan el cabello bien corto para que ni aún el pelo les sea un obstáculo. Mantienen un peso corporal ligero y un estilo de vida sano, para poder correr distancias más largas y a mayor velocidad, sin cansarse tanto.

El autor de la carta a los Hebreos, sabiendo que la práctica de los deportes era parte integral de la vida en el Imperio Romano, compara la carrera del creyente con la de los maratonistas. Escribe: *“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.”* (Hebreos 12:1-2) Imaginemos que el mundo es un gran estadio en el cual usted y yo somos corredores. Nos rodea un público expectante. Algunos, nuestros familiares y amigos, aquellos que nos aprecian, se alegrarán de nuestro triunfo y a lo largo de la carrera nos gritarán frases alentadoras: “Sigue, sigue”; “No te rindas”; “Dale, que vas ganando”; “Levántate, eso no es nada”. Por otro lado, nuestros enemigos, aquellos que nos envidian, aquellos que quisieran vernos derrotados, se reirán a cada tropiezo nuestro, se burlarán cuando nos vean en el suelo. Nos gritarán frases despectivas, nos abuchearán, nos dirán: “Eres un flojo”; “No sirves para nada”; “Deja de correr”; “Vas a perder”; “No vas para ningún lado”; “Deja eso”; “Desiste”. Ante unos y otros, hay que

seguir corriendo. Son los testigos de nuestra carrera cristiana. Es el mundo que nos observa y espera de nosotros la victoria, o la derrota.

Ante la realidad de todo un mundo que nos observa y espera de nosotros la victoria, o la derrota, el autor de Hebreos nos hace unas recomendaciones, como buen entrenador y corredor experto que es. Lo primero que debemos hacer es despojarnos de todo el peso y del pecado que nos asedia. ¿Qué cosas pesan sobre nuestra vida que nos obstaculizan la carrera cristiana? ¿Pensamientos negativos? ¿Autoestima baja? ¿Temores? ¿Inseguridades? ¿Miedos? ¿Recuerdos tristes del pasado? Hay que soltarlos, hay que quitarlos de nosotros, hay que sacarlos de la mente y del corazón. No podemos correr con esa carga sobre nuestros hombros. Nos cansaremos a mitad del camino y no llegaremos a la meta. Por otro lado, tenemos que despojarnos de cualquier tipo de pecado aún nos ate. No hay carga mayor al corazón y a la conciencia que la del pecado. Es la peor carga. Es como querer correr con grilletes y cadenas en las piernas. Como atletas en la carrera de la fe, necesitamos soltar de una vez y por todas cualquier carga de pecado que aún nos quede.

Una vez libres de todo peso, se nos exhorta a correr con paciencia el tramo que nos falta. No debemos desesperarnos, ni afanarnos. Paso a paso es la consigna. Consistencia, perseverancia. Lo importante en esta carrera es llegar. No es una carrera de velocidad, sino de resistencia, *“el que persevere hasta el fin, éste será salvo”* (Marcos 13:13). No importa lo que otros digan, no importan lo que oigamos. Lo que importa es continuar, *“puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”*. Como corredores, no nos podemos distraer en el camino. No podemos mirar a diestra ni a siniestra, arriba ni abajo, mientras estemos corriendo. Tropezaríamos, nos desviaríamos, nos caeríamos. Es a Cristo a quien debemos mirar, sin quitar de Él nunca los ojos. Es a Él a quien debemos imitar. Estuvo dispuesto a sufrir la cruz, la burla y el desprecio por amor a usted y a mí, sabiendo que al final de la carrera le esperaba una gran victoria de la que nos haría partícipes. Ese gozo puesto delante de Él fue lo sostuvo a lo largo de su difícil carrera.

Por eso, el autor de Hebreos nos alienta: *“Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado”*. (Hebreos 12:3-4)

No nos rindamos, hermanos. Ya falta menos. Sigamos mirando a Cristo, mientras corremos con paciencia la carrera que tenemos por delante. Al final, nos espera la corona de la vida.

## **Guarda silencio y espera en Dios**

(Publicado por primera vez el 30 de noviembre de 2003)

*“No te alteres con motivo del que prospera en su camino,  
por el hombre que hace maldades.” (Salmo 37:7)*

¿Se ha llenado usted de indignación alguna vez ante las cosas que ve a su alrededor?  
¿Se ha sentido en algún momento injuriado, vejado, atropellado por alguien que abusa del poder que tiene sobre usted? ¿Se siente impotente ante las injusticias que se cometen contra usted o contra los más débiles? No se preocupe. Dios se hará cargo de todo.

A diario vemos cómo personas inescrupulosas se hacen de riquezas a costa del pillaje, del engaño y del fraude. Les vemos pasearse orgullosamente en sus lujosos autos y habitar en mansiones millonarias, de esas que uno se pregunta con qué dinero las comprarían, porque con los salarios de la mayoría de nosotros jamás podríamos adquirirlas. Les vemos comprar favores, posiciones y afectos, porque siempre hay quien cede ante la tentación de unos cuantos dólares. Son triunfadores siempre (o al menos eso piensan), porque si no ganan en buena lid, compran la victoria con dinero debajo de la mesa. Parecen personas respetables. De vez en cuando hacen alguna obra de caridad, por lo general con bombos y platillos, para que todos se enteren. De esa manera amortiguan un poco su conciencia y lucen ante los ojos de todos, menos malos. Sin embargo, usted y yo sabemos lo que hay detrás de la fachada y nos indignamos.

Por otro lado están aquellas personas que se pasan la vida maquinando cómo hacerle daño a los demás. Las vemos en el ámbito político, en el ámbito profesional, en el ámbito personal y desgraciadamente, en el ámbito eclesiástico también. Por lo general son personas frustradas, llenas de odios, rencores, envidias y celos, que codician las posiciones que otros han alcanzado, los talentos y habilidades que otros poseen, las amistades, afectos y relaciones que otros han logrado. Como no pueden obtenerlas por

sus propios méritos, utilizan toda clase de artimaña para destruir a los que lo han logrado, para usurpar su puesto, o por mero placer de hacerles daño.

Quizás usted haya sido víctima en alguna ocasión de personas como estas. Tal vez se hayan levantado contra usted enemigos fortuitos, cuando usted sólo está haciendo lo que es correcto, lo que le corresponde, lo que entiende es su deber. A lo mejor alguien ha abusado de su nobleza de espíritu, de su ingenuidad, de su bondad. Tal vez sienta que le timaron, que le estafaron, que le robaron y no pudo usted hacer nada. Pues a usted le decimos *“guarda silencio ante Jehová, y espera en él.”* (Salmo 37:7). Dios le hará justicia. Él se encargará de sacar todas las cosas a la luz. Recuerde que *“nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse.”* (Lucas 12:2).

El Salmo 37 completo nos describe, por comparación, cuál ha de ser el final de los malvados e injustos, y el de los que son abusados e injuriados por ellos. Los versículos 10 y 11 nos dicen: *“Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz.”* Es cuestión de esperar un poco más. Dios está al tanto de todo y a su tiempo tomará cartas en el asunto. Por lo tanto, *“no te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades. Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo. Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra.”* (Salmo 37: 7-9). No nos dejemos provocar a ira por ellos. Que no nos venza el orgullo. No caigamos en la trampa de querer tomar la justicia en nuestras manos. Dejemos que sea Dios quien pelee por nosotros. Ya nos ha dado Su promesa. Esperemos confiadamente en Él.

A los tramposos, a los mentirosos, a los abusadores, a los que maquinan maldad, a los estafadores, a los ladrones, Dios les tiene deparado su merecido, a menos que se arrepientan y cambien. Digo esto porque para ellos también hay esperanza (¿o es que se nos olvida que algunos de nosotros también estuvimos entre ellos antes de venir a Cristo?). Nuestro deber no es desearles mal, sino orar para que procedan a

arrepentimiento y alcancen de Dios misericordia. El juicio no nos corresponde a nosotros, sino a Dios. A nosotros nos toca hacer lo que Cristo nos indicó que hiciéramos: *“Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian.”* (Lucas 6:27-28). *“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo.”* (Lucas 6:32-33). Si somos cristianos, tenemos que ser diferentes. No es fácil, pero con la ayuda del Señor y la disposición genuina de obedecer a Su Palabra, lo podremos lograr.

## **El cielo y la tierra pasarán**

(Publicado por primera vez el 25 de enero de 2004)

*“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.”* (Lucas 21:33)

Aproximadamente quinientos años antes de Cristo, el filósofo griego Heráclito de Éfeso observó que todas las cosas están en constante cambio. Ponía como ejemplo el fuego. Una llama se encuentra en cambio constante. Si la fotografiamos, jamás volveremos a ver la misma forma de la imagen capturada por la cámara. El fuego nunca es el mismo. Decía también Heráclito que “nadie puede bañarse dos veces en el mismo río”. Las aguas de un río están en constante fluir. Si una persona se vuelve a meter, se estará bañando en un río diferente porque las aguas habrán cambiado. La persona misma habrá cambiado de estado de ánimo, de temperatura, de edad (estará al menos unos minutos más vieja). Para Heráclito, la esencia de la realidad es el cambio. El cambio es, paradójicamente, lo único que no cambia.

Dos mil quinientos años después, la teoría de Heráclito sigue siendo cierta. La vida misma es un constante cambio. Se nos va tan rápidamente que parece casi un sueño.

¿A esperado usted con mucha expectación, emoción y ansiedad algún suceso, como por ejemplo, el Día de Reyes cuando éramos niños, o la declaración amorosa del joven amado, o el día de la boda, o la graduación? A veces vivimos años esperando un acontecimiento y cuando por fin lo vemos realizado, pasa tan rápido como el vuelo de un ave y se nos vuelve parte del pasado. Aún la fe y la esperanza son pasajeras, porque cuando llega por fin lo que tanto esperamos, la fe y la esperanza no se necesitan más. Todo en este mundo pasa.

La complejidad de la vida moderna y la rapidez con la que nos podemos transportar de un lado a otro del planeta nos han convertido en nómadas de ciudad. Hoy estamos aquí, mañana quién sabe dónde. Esto ha creado una sociedad de gente sin raíces.

Procuramos no echarlas, para no sufrir demasiado en el próximo trasplante. No queremos encariñarnos demasiado con lugares ni personas, para que no nos duela después la separación. Vivimos en transición constante, en cambio constante. Si Heráclito viviera hoy, tendría muchas más evidencias para sustentar su teoría.

Sin embargo, los seres humanos añoramos la permanencia en medio de un mundo transitorio, la estabilidad en medio de la inestabilidad de nuestros estilos de vida y de nuestras relaciones. Soñamos con la eternidad, aunque todo sea temporero. Ese sentido de permanencia y estabilidad es necesario para mantener la cordura, pero ¿en dónde podemos echar raíces si todo es pasajero? Dios nos da la respuesta. Jesús coincidió en parte con el pensamiento de Heráclito, pero fue más allá al declarar que aún cuando todo cambia, hay algo que permanece: *“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.”* (Lucas 21:33) Es en la verdad de la palabra de Dios que tenemos que echar raíces, es de esa verdad que tenemos que asirnos. Entonces, aunque todo cambie a nuestro alrededor, aunque nosotros mismos cambiemos, no nos sentiremos perdidos, ni desorientados, porque estamos cimentados en la palabra de Dios. Dentro de esa Palabra se nos mencionan algunas otras cosas que no cambian. El amor es una de ellas. La Primera Carta a los Corintios 13:8-10 dice: *“El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.”* Obviamente está hablando del perfecto amor de Dios, del cual usted y yo podemos disfrutar y aprender, no del nuestro, que en su imperfección puede ser fugaz y pasajero. Por supuesto, el amor de Dios nunca deja de ser, porque Dios es eterno. *“El eterno Dios es tu refugio”*, dice Deuteronomio 33:27. ¡Que maravilloso es saber que aunque no tengamos morada fija, aunque vaguemos de aquí para allá como nómadas de este siglo, tenemos un refugio eterno al cual podemos acudir en cualquier momento y el cual nos acompaña a donde quiera que vayamos, porque es omnipresente: Dios!

La misericordia de Dios y su justicia también son eternas. *“Aclamad a Jehová, porque él es bueno; porque su misericordia es eterna,”* dice Primera de Crónicas 16:34. *“Tu*

*justicia es justicia eterna*”, dice el Salmo 119:142 sobre la justicia de Dios. El pacto de Dios para con su pueblo es también eterno. Así nos dice Dios en Isaías 55:3: *“Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno...”* Eterna es también la salvación que nos ha prometido a través de Jesús, quien *“vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.”* (Hebreos 5:8). Eterno es el reino de Dios. De hecho, es el único reino que permanece para siempre. ¡Si los líderes de las naciones lo acabaran de comprender! Apocalipsis 11:15 dice, refiriéndose a un acontecimiento que eventualmente ocurrirá que: *“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.”* Claro, igual que la salvación será eterna para algunos, también lo será el castigo para otros. Mateo 25:46 dice al respecto: *“E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna”.*

Heráclito sólo tuvo razón en parte, porque no conoció la otra cara de la moneda. Usted y yo sí la hemos conocido, porque conocemos al Dios de la eternidad. Procuremos entonces vivir *“no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.”* (2 Corintios 4:18)

## **Si Dios quiere**

(Publicado por primera vez el 1 de febrero de 2004)

*“Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello..”* (Santiago 4:15b)

Los seres humanos, a diferencia de los animales, tenemos sentido de lo que es el tiempo. Lo vamos desarrollando según vamos creciendo. Los niños pequeños todavía no tienen ese sentido muy desarrollado. Por eso, a veces dicen “mañana yo fui a la playa” y no entienden la diferencia entre ayer, mañana, la semana que viene o el mes próximo. En cambio, los adultos sabemos muy bien lo que es el tiempo. Por eso, podemos recrearnos en el recuerdo de memorias pasadas, valorar el presente y proyectarnos hacia el futuro.

Somos los únicos en la creación también que podemos soñar despiertos, que podemos trazarnos metas, que tenemos aspiraciones. No es de extrañar que sea así, porque fuimos los únicos creados “a imagen y semejanza de Dios”. Como Dios, tenemos también la capacidad de poder planificar, de tal manera que esos sueños, metas y aspiraciones se puedan realizar. Mediante el uso de la razón, del libre albedrío y la capacidad para tomar decisiones, organizamos nuestras vidas, proyectándonos hacia el futuro.

Todo eso es muy bueno y en cierto modo, es lo que Dios desea que hagamos: que seamos responsables, que vivamos sabiamente, que tomemos decisiones inteligentes, que utilicemos bien el tiempo, los talentos y los recursos que Dios nos ha dado. El problema surge cuando sacamos a Dios el panorama y comenzamos a hacer planes para nuestra vida sin contar con él. Es que ni usted ni yo tenemos control de ciertas circunstancias, ni de las acciones y reacciones de las demás personas. Tampoco tenemos control total de la naturaleza, de eventos catastróficos, ni siquiera de nuestra propia vida, porque no sabemos cuándo nos tocará partir con el Señor. Por eso, lo que

es sabio y prudente es buscar la dirección de Dios para todo lo que pensemos hacer. Habrá momentos en los que Dios nos dará luz verde para que prosigamos con nuestros planes. Habrá momentos en los que seremos llamados a detenernos en el camino, para meditar y cambiar de ruta. Habrás momentos en los que la respuesta de Dios será un “no” rotundo a nuestros planes.

Planificar testarudamente y proseguir con los planes sin contar con Dios, es peligroso. Por eso, a estas personas, el apóstol Santiago, hermano carnal de Jesús, les dice lo siguiente: *“Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece.”* (Santiago 4:13-14)

Hoy más que nunca debemos tomar muy en serio las palabras de Santiago. La humanidad vive días inciertos. Hoy estamos aquí, mañana, sólo Dios sabe. Vivimos con la amenaza constante de ataques terroristas, de balaceras a diestra y siniestra cuando menos lo esperamos, en las escuelas, en centros comerciales y hasta frente a nuestras propias casas. La gente vive con miedo. Por otro lado, existe una gran incertidumbre en el mundo del empleo. Muchas empresas están reduciendo personal. Otras, sólo contratan personal temporero. Las plazas permanentes son cada vez más escasas y menos permanentes (valga la redundancia). Inseguridad, incertidumbre, temor... Hasta los ricos viven con la preocupación de que sus acciones deprecien y un día lo puedan perder todo. La vida personal no ha quedado al margen de ese sentido de incertidumbre. Ya la gente no se casa “hasta que la muerte los separe”, sino hasta que dejen de quererse, o hasta que uno de los dos sea infiel. No sabemos tampoco cuándo alguno de nuestros seres queridos, o nosotros mismos, vamos a caer víctima de una bala perdida, de un acto terrorista, de un accidente automovilístico, de la guerra, de una enfermedad terminal.

La incertidumbre en la que vivimos, la incapacidad de poder ver el futuro, nos obliga a deponer nuestras soberbias y arrogancias, y tornarnos a Dios en busca de dirección

para nuestras vidas. Santiago nos exhorta a que en lugar de creernos dueños y señores de nuestra vida y de nuestro futuro, digamos *“Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello.”* (Santiago 4:15b). Actuar y planificar sin contar con Dios, es arrogancia. A esos que eliminan a Dios de sus planes, Santiago les dice: *“Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala; y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.”* (Santiago 4:16-17)

No contar con Dios para nuestras decisiones y planes futuros es pecado, aparte de que los resultados pueden ser desastrosos y en lugar de lograr nuestras metas y aspiraciones, nos estrellamos contra un frustrante y devastador fracaso.

Seamos sabios y consultemos a Dios respecto a nuestros planes, para obtener su aprobación. Entonces, aunque tengamos obstáculos, Él nos dará la victoria.

## **SOBRE LA AUTORA**

Gilda es Catedrática de Humanidades jubilada. Dedicó cerca de 40 años a la cátedra universitaria. Tiene un Bachillerato en Artes con Concentración en Drama de la UPR, una Maestría en Bellas Artes con concentración en Teatro de NYU y una Maestría en Divinidad en el Seminario Evangélico de Puerto Rico. Fue actriz de Teatro en Puerto Rico y New York, guionista, productora y animadora de programas de radio y televisión, hasta Dios la llamó a Su servicio y cambió sus planes. Sirvió como misionera voluntaria a corto plazo entre los indios Waraos en Venezuela y entre los gitanos en Granada, España. Es Pastora Ordenada de las Iglesias Bautistas de Puerto Rico. En la actualidad preside el Concilio Ministerial de las IBPR. Es autora de varios libros. Algunos ensayos y poemas suyos forman parte de diversas antologías.

En este enlace pueden bajar en formato PDF sus libros con ediciones agotadas y sus escritos que forman parte de antologías: <https://www.gildaorlandi.com/publicaciones>

“*Rocío para el Alma*” se puede adquirir desde este enlace de Amazon:  
<https://www.amazon.com/dp/1725000059/>

Gilda es Catedrática de Humanidades jubilada, con cerca de 40 años dedicada a la enseñanza universitaria. Obtuvo un Bachillerato en Artes con Concentración en Drama de la UPR, una Maestría en Bellas Artes con concentración en Teatro de NYU y una Maestría en Divinidad en el Seminario Evangélico de Puerto Rico.



Fue actriz de Teatro en Puerto Rico y New York, guionista, productora y animadora de programas de radio y televisión, hasta Dios la llamó a Su servicio y cambió sus planes.

Sirvió como misionera voluntaria a corto plazo entre los indios Waraos en Venezuela y entre los gitanos en Granada, España. Es Pastora Ordenada de las Iglesias Bautistas de Puerto Rico.

Es autora de varios libros. Algunos ensayos y poemas suyos forman parte de diversas antologías.

---

*Como gotas de rocío sobre el alma queremos ser para ustedes, amados lectores. ¡Que el rocío de Dios nunca falte sobre sus vidas!*



